

Capítulo I

Teoría sociológica y vínculos psicosociales

José Luis Álvaro Estramiana

Alicia Garrido Luque

Creo que una sociología que olvidara la mediación a través del sujeto individual sería tan falsa, tan mala y permítanme decir, tan dogmática, como una sociología que –tal y como el mismo Freud la imaginaba– creyera que la sociología no es otra cosa más que psicología aplicada a una mayoría de individuos.

Th.W. Adorno

En este capítulo presentaremos algunas teorías procedentes del campo de la sociología, pero que tienen indudables implicaciones para la psicología social. De hecho, podríamos considerarlas como el núcleo de un conjunto de teorías que constituyen lo que ha venido a denominarse la psicología social sociológica, en contraposición a la psicología social psicológica.

A pesar de que el término psicología social es el más utilizado, no es el único que tenemos para designar esta área del conocimiento; así, por ejemplo, algunos autores no dudan en utilizar el término psicosociología. Arguyen, quienes son partidarios de este término, que el adjetivo social es redundante, pues a lo más que llegamos con él es a distinguir entre la psicología fisiológica y la social. Este grupo de autores se pregunta si es posible una psicología del ser humano sin referirnos a su dimensión social. En segundo lugar, hablar de psicología social nos puede llevar a equívocos. El más común es creer que la psicología social pertenece al campo de la psicología, aunque guarde algunas afinidades con otras ciencias sociales, como la sociología. La psicología aparece, de esta manera, como el núcleo desde el que se desprenden, como las capas de una cebolla, diferentes formas adjetivadas de considerar esa matriz central que es la psicología: clínica, organizacional, ambiental, social, etc. Esta forma de considerar la

psicología social ignora el hecho de que la psicología social, desde un punto de vista histórico, nace y se constituye tanto en la psicología como en la sociología.

La división entre la psicología social psicológica y la psicología social sociológica, que nosotros denominaremos psicociología, es, con frecuencia, ilustrada haciendo referencia a los dos textos que se suelen considerar como los dos primeros manuales de psicología social. Nos estamos refiriendo a los del sociólogo Ross, *Social Psychology*, y el psicólogo Mc Dougall, *Introduction to Social Psychology*, ambos publicados en 1908. El primero está basado en la sociología de Gabriel Tarde y en la imitación como principal mecanismo explicativo del comportamiento humano; el segundo, en una teoría de los instintos. Si bien no podemos considerar estos textos como los primeros en psicología social, pues antes ya existían libros cuyo contenido y título ponen de manifiesto una preocupación muy anterior por la psicología social, lo cierto es que reflejan adecuadamente esta tensión en el interior de la psicología social entre una concepción más sociológica y una concepción más psicológica de la misma.

Pensamos que la psicología social pertenece al área de las ciencias sociales y que debe ser entendida como una perspectiva desde la que podemos enfocar los problemas sociales –inmigración, prejuicio, desempleo, hacinamiento, salud, etc.–. Desde este punto de vista, las divisiones entre psicología, psicología social y sociología resultan borrosas y encontramos teorías sociológicas que son, sin embargo, por su perspectiva, teorías psicossociales y teorías en psicología en las que el escaso énfasis o ausencia de una dimensión social de los procesos que pretenden explicar las acercan más a una psicología individualista. También podemos encontrarnos con teorías como la del intercambio de un sociólogo como Homans que, pese a su origen sociológico, utiliza un nivel de explicación psicológico, haciendo suyas las tesis del individualismo metodológico.

Todos estos aspectos que acabamos de mencionar nos llevan al primer punto de este apartado: los niveles de explicación en ciencias sociales y, en consecuencia, el nivel de análisis de la psicología social.

En este capítulo se pretenden alcanzar los objetivos siguientes:

- Reflexionar sobre los orígenes de la psicología social. Una reflexión que nos lleve a considerar la psicología social como un área de conocimiento que incorpora los estudios que provienen tanto de la psicología como de la sociología, principalmente, pero que no ignora los generados en otras áreas

de las ciencias sociales. Desde este punto de vista, la psicología social se define más como perspectiva desde la que analizar la vida social que como un conocimiento con un objeto de estudio específico.

- Tener en cuenta los diferentes niveles de análisis desde los que podemos abordar el estudio de la acción social. Debemos entender que el comportamiento humano no es un proceso de carácter psicológico y que no podemos aislarlo, para su interpretación, del contexto social, cultural e histórico en el que se da. Del mismo modo, la explicación de las instituciones sociales no puede llevarse a cabo sin estudiar las conductas individuales y las interacciones sociales que le sirven de soporte, favoreciendo su mantenimiento o provocando su transformación.
- Comprender de forma más completa los diferentes niveles de análisis desde los que es posible abordar el estudio del comportamiento humano, mediante la descripción de las teorías que se exponen a continuación. Al mismo tiempo, estas teorías tienen que contribuir a desarrollar una nueva propuesta para la psicología social: el estudio de las relaciones entre la acción y el orden y el cambio sociales.
- Analizar las teorías como elementos de construcción de la realidad social que el investigador en ciencias sociales tiene a su alcance. Las teorías no son elementos cosificados a los que haya que adscribirse necesariamente para dar cuenta de todos los problemas sociales. Su función es la de hacer inteligible la realidad social, una realidad social que no es uniforme, ni estática, sino múltiple y cambiante. Esto nos lleva a considerar las teorías no como cuerpos de saber rígidos y sin conexión entre sí, sino de una manera dinámica. Ninguna teoría abarca por sí misma el conjunto de los diferentes aspectos de la realidad social ofreciéndonos una explicación omnicomprendensiva de la misma.

1. Niveles de análisis en ciencias sociales

El problema de las relaciones entre el individuo y la colectividad es el aspecto central de uno de los debates más antiguos desarrollados en el seno de las cien-

cias sociales. Podemos decir que desde el momento mismo de su constitución como disciplinas científicas, tanto la psicología como la sociología tuvieron que dedicar algún esfuerzo a la clarificación de las relaciones entre lo que es social y lo que es individual.

La psicología, que nació con la vocación de convertirse en el estudio científico de la mente, tuvo que enfrentarse muy pronto al hecho de que la mente humana no surge ni se desarrolla en un vacío social, sino que es producto de la inserción de la persona dentro de una colectividad. La sociología, por su parte, nacida con la pretensión de convertirse en el estudio científico de la sociedad, tampoco pudo ignorar en sus análisis la existencia de factores psicológicos o individuales que influyen en el comportamiento social. A medida que la sociología y la psicología se fueron desarrollando, fue emergiendo la cuestión de las relaciones entre ambas ciencias. Fruto de esta reflexión fue constituyéndose una nueva disciplina, la psicología social, que, como hemos señalado en la introducción, surge al mismo tiempo dentro de la psicología y de la sociología.

Un primer paso en la reflexión sobre los niveles de análisis en ciencias sociales consiste en suponer que cada disciplina científica se diferencia de las demás por tener su propio nivel. Desde este punto de vista, podríamos suponer que la sociología se centra más en los factores sociales que determinan el comportamiento, mientras que la psicología presta más atención a los procesos psicológicos. La psicología social, fruto de la intersección de ambas disciplinas, podría ser, de este modo, concebida como aquella perspectiva en la que es la interacción de ambos tipos de factores lo que prima a la hora de analizar la realidad social. No obstante, esta suposición no es del todo exacta, ya que dentro de cada disciplina coexisten diferentes niveles de análisis. Como veremos a lo largo de este capítulo, dentro de la sociología no sólo tienen cabida aquellas teorías centradas en fenómenos sociales de carácter estructural, sino que también se han desarrollado importantes enfoques teóricos en los que se ha puesto el acento en el comportamiento individual.

La reflexión sobre los niveles de análisis que podemos utilizar a la hora de abordar el estudio de la realidad social ha ocupado un lugar más destacado en sociología que en psicología. La psicología ha prestado, en general, poca atención a esta cuestión que, en cierto modo, se ha considerado resuelta con la mera existencia de la psicología social. De algún modo, dentro de la psicología se ha ido asumiendo que en el contexto de la psicología social es donde hay que mantener el

debate en torno a las relaciones entre lo individual y lo colectivo, o entre lo psicológico y lo social. La reflexión acerca del nivel de análisis más adecuado a la hora de abordar el estudio de la realidad social no ha despertado, sin embargo, mucho interés dentro de la psicología social.

Durante los años setenta, coincidiendo con una etapa de crisis de la disciplina, se desarrolló en el seno de la psicología social un fuerte debate en torno a la necesidad de una mayor consideración de la dimensión social del comportamiento, pero no hubo acuerdo a la hora de definir dicha dimensión social. Tampoco hubo entonces, ni lo hay en la actualidad, un esfuerzo metateórico encaminado a la identificación de los diferentes niveles de análisis en los que se sitúan las distintas teorías psicosociológicas. Uno de los pocos trabajos que pueden enmarcarse dentro de esta línea es el de Doise (1980), que distingue cuatro niveles de explicación dentro de la psicología social: el **nivel intraindividual**, centrado en los procesos mentales que se encuentran en la base del comportamiento de las personas; el **nivel interindividual**, centrado en el análisis de la interacción social en una situación dada sin tener en cuenta factores sociales ajenos a dicha situación; el **nivel social**, en el que se analiza la interacción social teniendo en cuenta la posición social de las personas involucradas en dicha interacción, y el **nivel ideológico**, en el que se tiene en cuenta la influencia de la ideología y de los sistemas de creencias, representaciones y normas vigentes en la estructura social de la cual la persona forma parte.

Como ya hemos señalado, el esfuerzo por identificar los niveles de análisis en los que puede situarse el estudio de la realidad social ha sido mayor en sociología que en psicología social. No es éste el lugar para examinar de forma exhaustiva todas y cada una de las aportaciones que se han hecho al estudio de esta cuestión. En este apartado nos limitaremos a mostrar las grandes líneas temáticas en torno a las cuales se ha desarrollado el trabajo sobre los niveles de análisis en ciencias sociales. Nuestro objetivo es introducir una serie de conceptos básicos que puedan facilitar la comprensión de las teorías psicosociológicas que analizaremos a lo largo de este capítulo.

Una de las dimensiones que solemos utilizar para distinguir entre los diferentes ámbitos de análisis de la realidad social es la dimensión micro-macro. Esta dimensión se deriva de la posibilidad de establecer un orden entre diferentes fenómenos sociales en función de su magnitud. En el extremo inferior del continuo micro-macro encontraríamos a los individuos, mientras que en el extremo

superior hallaríamos los fenómenos sociales a gran escala. Entre ambos extremos encontraríamos diferentes fenómenos sociales de magnitud intermedia (véase la figura 1). Existen algunas diferencias entre los sociólogos en cuanto a aquello que definen como micro o macro. Así, cuando hablamos de nivel micro, podemos estar haciendo alusión a fenómenos psicológicos, a individuos o a la interacción entre individuos. Cuando hablamos de fenómenos macro, por otra parte, nos podemos referir a poblaciones, a la sociedad y su estructura, o incluso a la cultura. Pero, en general, la dimensión micro-macro se puede equiparar a un continuo que iría de lo individual a lo colectivo.

Otra forma de aludir a esta dimensión la tenemos en la distinción que hacen algunos sociólogos entre acción y estructura, que, en líneas generales, es equiparable a la diferenciación entre los niveles micro y macro. Por regla general, mediante el concepto de acción hacemos referencia a los actores individuales, mientras que el término estructura alude, casi siempre, a las instituciones sociales. El análisis de la realidad social desde el punto de vista de la acción suele ser, por tanto, un análisis microsociológico, mientras que el análisis estructural de la realidad social se corresponde, en general, con un nivel de análisis macrosociológico.

Figura 1. La dimensión micro-macro.

Nivel micro			Nivel macro		
Acción individual	Interacción	Grupos	Organizaciones	Sociedades	Sistemas mundiales

G. Ritzer, *Teoría sociológica contemporánea* (1996, pág. 609).

En el continuo que se extiende desde lo individual a lo colectivo, cada uno de los niveles surge como resultado de la agregación de elementos del nivel anterior. La acción individual da paso a la interacción, que es, a su vez, la base sobre la que se constituyen los grupos. Éstos se encuentran integrados dentro de organizaciones que forman parte, a su vez, de una estructura social más compleja. Pero cada uno de estos niveles no es meramente la suma de elementos del nivel anterior, sino que tiene propiedades nuevas que no están presentes en los elementos constitutivos. Un grupo no es un mero agregado de personas, sino una realidad social diferente que no puede ser conocida de forma adecuada a

partir del estudio individual de las personas que lo constituyen. La idea de que los diferentes niveles de organización tienen propiedades nuevas que no están presentes en los elementos que los constituyen se conoce con el nombre de **emergentismo social** o doctrina de las propiedades emergentes.

Según la tesis del emergentismo social, o de las propiedades emergentes, cada nivel de organización social supone la aparición de nuevas formas que no están presentes en sus elementos constitutivos.

En general, casi todos los sociólogos reconocen que cada uno de los niveles del continuo micro-macro implica la aparición de fenómenos nuevos que no estaban presentes en el nivel anterior. Sin embargo, no todos admiten que la emergencia de nuevos fenómenos haga necesario utilizar principios explicativos diferentes de los utilizados para analizar la conducta individual. Esta postura se conoce con el nombre de **individualismo metodológico**.

El individualismo metodológico es una forma de abordar el estudio de la realidad social que consiste en utilizar los mismos principios que explican la conducta individual para analizar fenómenos sociales de mayor escala.

Un ejemplo de individualismo metodológico lo tenemos en la teoría del intercambio de Homans (1961), que analizaremos más adelante. Este autor reconocía que en el transcurso de la interacción social emergían nuevos fenómenos, pero subrayaba que todos ellos podían ser explicados partiendo de las leyes del conductismo skinneriano. Una postura contraria a la que habían defendido autores como Durkheim, quien consideraba que para explicar los fenómenos sociales había que recurrir a fenómenos sociales del mismo nivel.

No obstante, la dimensión micro-macro no es suficiente para elaborar un esquema de los diferentes niveles de análisis en los que se puede situar el estudio de la realidad social. Hay teorías que se sitúan en un mismo punto del continuo micro-macro y que, sin embargo, son radicalmente diferentes en su forma de abordar el estudio del comportamiento social. Por ejemplo, tanto las teorías del intercambio, derivadas del conductismo, como el interaccionismo simbólico o la sociología fenomenológica son teorías microsociológicas. Sin embargo, es evidente que hay notables diferencias entre estos enfoques en el análisis que hacen de la interacción social. Para los teóricos del intercambio, la conducta es el resultado de variables objetivas situadas fuera del individuo. La interacción social es definida en términos de un intercambio que se mantiene en función de los refuerzos proporcionados por otras personas. En el interaccionismo simbó-

lícó y en la sociología fenomenológica se tienen en cuenta los significados que las personas dan a sus acciones. La intervención de la conciencia y de los procesos subjetivos internos, totalmente rechazada por el conductismo, se convierte en fundamental en el interaccionismo simbólico y en la sociología fenomenológica. De ahí que sean necesarias otras dimensiones para diferenciar entre los niveles de análisis de las ciencias sociales.

Otra dimensión central es aquella que nos sirve para diferenciar entre un nivel de análisis centrado en el estudio de procesos subjetivos y otro más interesado en la identificación de los procesos objetivos que conforman la realidad social. Ejemplos de tal dimensión son el *continuum* subjetivo-objetivo propuesto por Ritzer (1996) o la dimensión materialista-idealista propuesta por Alexander (1982). Los fenómenos sociales objetivos son aquellos que tienen una existencia material; ejemplos de fenómenos sociales objetivos son los actores, las estructuras burocráticas o el lenguaje. En el otro extremo de esta dimensión hallaríamos los fenómenos sociales subjetivos, que carecen de existencia material. Los procesos mentales, las normas, los valores, etc. son fenómenos cuya existencia se manifiesta en el plano de las ideas.

Partiendo de la intersección de ambas dimensiones, algunos autores proponen la existencia de cuatro niveles de análisis de la realidad social.

Ritzer (1996), por ejemplo, habla de los cuatro niveles siguientes:

Nivel macro-objetivo. En el análisis de la realidad social se recurre a fenómenos sociales a gran escala y a procesos que tienen una manifestación material. En este nivel se situaría, por ejemplo, el funcionalismo estructural de T. Parsons.

Nivel macro-subjetivo. Este nivel se caracteriza por situar el interés en fenómenos colectivos de carácter subjetivo, como las normas y valores.

Nivel micro-objetivo. En este caso, el análisis se centra en fenómenos individuales o interindividuales y en procesos de carácter objetivo. Un ejemplo de teoría de nivel micro-objetivo es la teoría del intercambio.

Nivel micro-subjetivo. Como en el caso anterior, el objeto de análisis son fenómenos individuales o interindividuales, pero se tienen en cuenta procesos que se manifiestan en un plano subjetivo. La sociología fenomenológica o el interaccionismo simbólico constituyen algunos ejemplos.

Una forma similar de entender los niveles de análisis de las ciencias sociales es la de Alexander (1982), para quien existen cuatro niveles: colectivo-idealista-

ta, colectivo-materialista, individual-idealista e individual-materialista. La dimensión individual-colectivo se corresponde con la dimensión micro-macro, mientras que el continuo idealista-materialista corresponde a la dimensión subjetivo-objetivo.

Aunque algunos de los enfoques teóricos que analizaremos se han situado en posiciones extremas, no es extraño encontrar ejemplos en los que hemos llegado a una cierta integración de estos diferentes niveles de análisis. Algunos de estos intentos de integración serán analizados en el último apartado de este capítulo, en el que mostraremos algunos de los desarrollos más recientes de la teoría sociológica.

2. El punto de vista psicosociológico en la teoría sociológica clásica

La formación de un punto de vista psicosociológico dentro de la sociología es temprana. Las primeras ideas psicosociológicas van surgiendo a medida que se empieza a reflexionar sobre las relaciones entre sociología y psicología, o entre sociedad e individuo. Y esto es algo que ocurre muy pronto dentro de la sociología.

Uno de los primeros autores que analizó las relaciones entre la psicología y la sociología fue Comte (1798-1857).

Fue este autor quien acuñó el término sociología para dar nombre a la ciencia que se encargaba del estudio de la sociedad. Una exposición detallada de las contribuciones de este autor al desarrollo de las ciencias sociales excede claramente los objetivos de este capítulo. De ahí que nos detengamos únicamente en su visión de las relaciones entre sociología y psicología. Por este motivo, destacaremos las reflexiones de Comte acerca del conocimiento científico, que dieron como resultado una clasificación jerárquica de las ciencias.

Para Comte, sólo existían seis ciencias fundamentales, cada una de las cuales incluía todas las anteriores: matemática, astronomía, física, química, biología y sociología. La sociología, cuyo objetivo era el estudio de la vida social, se encontraba, por tanto, en la cima de todas las ciencias, a las cuales incluía. La psicología no formaba parte del esquema de clasificación de las ciencias propuesto

por Comte, ya que para este autor, el conocimiento psicológico tenía que formar parte bien de la biología, bien de la sociología.

Comte no le reconocía carácter científico a la psicología introspectiva de la época. Debemos tener en cuenta que en la época en que Comte propuso esta jerarquización del conocimiento científico, la psicología todavía carecía del estatuto científico que logró más tarde de la mano de W. Wundt. Comte consideraba necesaria la desvinculación de la psicología y la filosofía, pero no creía en el carácter autónomo de la psicología. Para él, esta disciplina estaba dividida en dos grandes ramas. El estudio del organismo individual debía formar parte de la biología y el estudio psicológico del individuo, en tanto que ser social, de la sociología. Esta concepción ha hecho que algunos autores, como Allport (1954) consideren a Comte como el fundador de la psicología social. No obstante, es necesario matizar que las reflexiones de Comte no se referían a la delimitación de un área de estudio específica, sino a la necesidad de que la psicología se fundamentase en la biología o en la sociología.

La reflexión acerca de las relaciones entre psicología y sociología ocupó, también, un lugar destacado en la obra de Spencer (1820-1903).

No en vano este autor está considerado como uno de los padres fundadores, no sólo de la sociología, sino también de la psicología. Heredero de la tradición evolucionista británica, Spencer ejerció una influencia muy importante en el pensamiento social de su época. Muchas de las ideas que dieron lugar al darwinismo psicológico y al darwinismo social proceden, en realidad, de las ideas de Spencer, más que de la obra de Darwin.

De hecho, Spencer fue el primer autor que desarrolló una concepción evolucionista de la psicología, concepción que expone en su obra *Principios de Psicología*, basada en las ideas de Lamarck. Con posterioridad, cuando Darwin dio a conocer sus ideas en *El origen de las especies*, Spencer tomó algunas de ellas y extendió su visión evolucionista a otras disciplinas científicas. El resultado fue su ambiciosa obra *Sistema de Filosofía Sintética: Primeros Principios, Principios de Biología, Principios de Psicología, Principios de Sociología y Principios de Moralidad*, publicadas entre 1862 y 1892.

Spencer formuló una ley general de la evolución que denominó ley de la diferenciación creciente. Según esta ley, la evolución consiste en una progresión continua desde un estado homogéneo e indiferenciado hasta un estado de heterogeneidad y diferenciación

crecientes. Esta ley fue el punto de partida de Spencer a la hora de elaborar su sistema científico y filosófico.

La aplicación de la ley general de la evolución en la psicología llevó a Spencer a afirmar que la evolución de la mente es el resultado de una progresión desde el estado indiferenciado de los organismos primitivos hasta la estructura compleja del cerebro humano. Esta complejidad es el resultado de la interacción entre el organismo y el medio, que hace que se vaya pasando de los reflejos a los instintos, luego a la memoria y, finalmente, al razonamiento mental. A diferencia de Darwin, quien negaba la existencia de una diferencia cualitativa entre los animales y la especie humana, Spencer afirmaba que la continuidad mental significaba progreso y su concepción de la evolución incluía aspectos valorativos que Darwin no había admitido. Spencer valoró como mejores los organismos más evolucionados, lo que le llevó a defender la superioridad intelectual del europeo, basada en el mayor tamaño del cerebro, y de los hombres, basándose en la diferente organización del cerebro de hombres y mujeres.

Aplicada a la sociología, la ley general de la evolución implicaba que la sociedad ha ido evolucionando desde un estado inicial de homogeneidad hasta el alto grado de complejidad actual. Para explicar el proceso de evolución social, Spencer define la sociedad como un organismo, algo que también había hecho Comte. Spencer fue contradictorio al utilizar la analogía organicista, puesto que a veces adoptó una posición nominalista, usando los términos sociedad y nación como meras etiquetas, mientras que otras su postura fue realista, ya que la sociedad adquiere una entidad propia, independiente. Spencer siempre defendió la existencia de una interacción recíproca entre el individuo y la sociedad, pero nunca aceptó la idea de que la personalidad individual es un producto cultural, más bien subrayó el papel del individuo como factor determinante de las peculiaridades de la cultura. Para Spencer, la sociedad es producto de las unidades que la componen y, aunque ambas partes interaccionan, las características de los individuos son las que determinan el carácter de la sociedad, y no al revés.

Spencer concibió las relaciones entre psicología y sociología de manera radicalmente diferente a como las había definido Comte. Para él, la sociología debía ser una ciencia sintética, fundamentada en la biología y la psicología. Esta concepción reduccionista de la sociología fue uno de los rasgos básicos del pensamiento spenceriano.

La influencia de Spencer en el desarrollo de las ciencias sociales durante la segunda mitad del siglo pasado es inequívoca. La teoría evolucionista de Spencer tuvo una gran acogida en Estados Unidos, ejerciendo un enorme influjo en los primeros sociólogos norteamericanos. La psicología norteamericana tampoco fue ajena a la influencia de las ideas evolucionistas, que se convirtieron en la principal alternativa a la psicología de Wundt. Aunque Spencer no hizo ninguna contribución directa a la psicología social, algunas de sus ideas constituyeron la base sobre la que se elaboraron las aportaciones de otros autores. El tratamiento que Spencer dio a los instintos, por ejemplo, debe considerarse como un antecedente de la psicología social de McDougall.

3. Las relaciones entre individuo y sociedad en los primeros desarrollos teóricos de la sociología

La reflexión sobre las relaciones entre lo individual y lo colectivo y sobre las fronteras entre la sociología y otras ciencias sociales siguió siendo uno de los temas centrales de la sociología durante la etapa de consolidación de esta ciencia. En torno a esta reflexión se fueron articulando algunos de los desarrollos teóricos más importantes de la sociología.

3.1. La relaciones entre individuo y sociedad en la teoría social francesa

El debate acerca de las relaciones entre el estudio del individuo y el estudio de la sociedad se convirtió en un elemento central de la sociología francesa posterior a Comte. El enfrentamiento entre las posiciones de Durkheim (1858-1917) y las de Tarde (1843-1904) nos ilustra este tipo de polémica.

Durkheim rechaza el individualismo de la sociología spenceriana y la concepción que Spencer mantenía sobre el estatus de la sociología como ciencia fundamentada en la biología y la psicología. De hecho, uno de sus principales

objetivos fue definir el carácter de la sociología como disciplina científica e independiente de otras áreas de conocimiento, en especial de la psicología.

Durkheim realizó una labor en la sociología similar a la que Wundt había desarrollado en psicología, delimitando un objeto de estudio y un método que confiriesen a la sociología un carácter científico. Las propuestas de Durkheim aparecen desarrolladas en *Las reglas del método sociológico* (1895), donde subraya que el objeto de estudio de la sociología son los hechos sociales, que tienen un carácter objetivo y deben ser tratados como si fueran cosas. En cuanto al método de estudio, Durkheim rechazó las explicaciones de carácter psicológico e insistió en la necesidad de que la explicación causal en sociología se situase en el nivel social: "la causa determinante de un hecho social se tiene que buscar entre los hechos sociales que lo precedieron, y no entre los estados de conciencia individuales" (pág. 121).

De este interés por objetivar los hechos sociales surge su concepción de la sociedad como una entidad independiente de los individuos que la constituyen. Para explicar las relaciones entre la sociedad y los individuos sin recurrir a causas psicológicas, introduce el concepto de conciencia colectiva. La sociología no debe recurrir, para explicar los hechos sociales, a las conciencias individuales, sino a la conciencia colectiva:

"Agregándose, penetrándose, fusionándose, las almas individuales engendran un ser, psíquico si se quiere, pero que constituye una individualidad psíquica de un nuevo género. En la naturaleza de esta individualidad colectiva, y no en las unidades integrantes, es donde es preciso ir a buscar las causas próximas y determinantes de los hechos que se producen en ella. El grupo piensa, siente, obra en forma distinta a como lo harían sus miembros si se encontraran aislados. Si se parte, pues, de estos últimos, no se podrá comprender nada de lo que pasa en el grupo... Por consiguiente, siempre que se explique directamente un fenómeno social por un fenómeno psíquico, puede tenerse la seguridad de que la explicación es falsa."

É. Durkheim, *Las reglas del método sociológico* (1895/1991, pág. 116).

Para Durkheim, la sociedad está por encima del individuo y la conciencia colectiva, por encima de la conciencia individual. Las relaciones entre la sociedad y el individuo se explican mediante el mecanismo de la coerción. Los hechos sociales ejercen un poder coercitivo sobre los individuos.

El concepto de conciencia colectiva enfrentó a Durkheim con otros sociólogos de la época como, por ejemplo, Tarde. Este autor rechaza la idea de una conciencia

colectiva independiente de los individuos. Para él, el comportamiento individual no es producto de procesos psicológicos independientes y situados fuera del individuo, sino un resultado de las reacciones recíprocas entre las conciencias (Tarde, 1904/1986, pág. 42). En lo que se refiere a las relaciones entre psicología y sociología, la postura de Tarde se parece más a la de Spencer que a la de Durkheim, ya que defendió la idea de que la sociología tenía que fundamentarse en la psicología.

Tarde es, sin duda, uno de los primeros sociólogos en desarrollar un punto de vista psicosociológico en el análisis del comportamiento humano. De hecho, sus dos obras más representativas, *Las Leyes de la Imitación* y *La Lógica Social*, habían sido concebidas, en un principio, como una sola obra cuyo título inicial iba a ser *Psicología Social y Lógica Social*. De haberse mantenido la idea inicial, el de Tarde hubiera sido el primer texto en torno a la disciplina.

La psicología social era, para Tarde, una psicología intersubjetiva, cuyo objeto de análisis eran las relaciones interpersonales. Para Tarde, el mecanismo explicativo de la conducta social no era la coerción, como había pretendido Durkheim, sino la imitación y la sugestión. El comportamiento social no es el resultado de la influencia unidireccional de la colectividad sobre el individuo, sino de un proceso de influencia recíproca entre las conciencias. Esto hace a Tarde precursor del concepto actual de interacción.

Algunas de las ideas de Tarde, en especial su análisis de las leyes de la imitación, fueron retomadas con posterioridad por Ross y constituyeron la principal base teórica sobre la que se articuló el manual de psicología social publicado por este autor en 1908.

3.2. La relación entre individuo y sociedad en la teoría social alemana

La sociología alemana no fue ajena a la preocupación por definir las relaciones entre el individuo y la sociedad, así como los límites entre la psicología y la sociología.

Un ejemplo de esta preocupación lo tenemos en la obra de Max Weber, situada en un nivel de análisis microsociológico en el que, sin embargo, no se descuidó el estudio de fenómenos de naturaleza macro. Weber abogó claramente

por una sociología centrada en los individuos más que en la colectividad. Aunque reconoció la importancia de los fenómenos colectivos, Weber mantuvo siempre la convicción de que éstos podían ser estudiados partiendo del estudio de la acción individual. El método de análisis de la sociología, por tanto, tenía que ser individualista.

Una de las aportaciones más destacadas de Weber a la teoría sociológica fue su distinción entre acción y conducta. Mientras que la conducta es una mera reacción automática a estímulos externos, la acción implica la intervención de procesos reflexivos. Según Max Weber, uno de los principales objetivos de la sociología debería ser el estudio de la acción social. El comportamiento no puede ser estudiado como mera reacción a estímulos externos, sino que para su comprensión debemos entender cuál es el significado que los individuos dan a sus actos. En resumen, el análisis sociológico tiene que partir del sentido que el actor da a su acción.

La pretensión de Max Weber fue la de construir una sociología comprensiva, que definió de la siguiente manera:

"En efecto, su objeto específico no lo constituye para nosotros un tipo cualquiera de «estado interno» o de comportamiento externo, sino la acción. Pero acción (incluidos el omitir y el admitir deliberadamente) significa siempre para nosotros un comportamiento comprensible en relación con objetos, esto es, un comportamiento especificado por su sentido subjetivo poseído o mentado, no interesa si de manera más o menos inadvertida [...]; la acción que específicamente reviste importancia para la sociología comprensiva es, en particular, una conducta que 1) está referida, de acuerdo con el sentido subjetivamente mentado del actor, a la conducta de otros 2) está co-determinada en su decorso para esta su referencia plena de sentido, y 3) es explicable por vía de comprensión a partir de este sentido mentado subjetivamente."

M. Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica* (1913/1993, pág. 177).

Aunque es preciso señalar que la reflexión sobre cuestiones metodológicas no ocupó un lugar central en la obra de Weber, su forma de concebir la sociología lleva a considerar una serie de implicaciones metodológicas que ejercieron una gran influencia tanto en la sociología de la época como en la sociología actual. Una de estas implicaciones fue el uso de la *Verstehen* como una de las principales herramientas metodológicas del sociólogo.

Verstehen, que significa comprensión, es también el nombre con el que se conoce a un método de estudio derivado de la hermenéutica, y cuyo objetivo es el

análisis del significado y la estructura de los textos. La propuesta de Weber fue ampliar el contexto de utilización de este método y usarlo no sólo para desentrañar el significado de textos escritos, sino también para comprender el sentido de las acciones. La idea de que la *Verstehen* podía ser un método de estudio apropiado para la sociología se derivaba de la forma en que Weber había definido el objeto de esta ciencia.

Para Weber, la sociología tenía que estudiar los fenómenos sociales por medio del análisis de la acción individual. A diferencia de lo que le sucede al científico natural, el científico social no es ajeno a la realidad que está estudiando. A la hora de llevar a cabo un estudio de la acción de otras personas, el sociólogo puede beneficiarse, según Weber, del conocimiento introspectivo que tiene de sus propias acciones. De esta forma, el científico social puede alcanzar un grado de comprensión de la realidad que estudia, al que difícilmente se podría llegar en ciencias naturales. Weber no fue el único científico social que vio en este método un camino fructífero para el estudio de la realidad social. También Dilthey, desde el ámbito de la psicología, reivindicaba el uso de la *Verstehen* como método de estudio propio de las ciencias sociales.

La reivindicación de la *Verstehen* como método de estudio característico de las ciencias sociales se basaba, por tanto, en la idea de que, a diferencia de la realidad física, no podemos explicar la realidad social recurriendo a la formulación de leyes generales. Los fenómenos que estudian las ciencias sociales son únicos y singulares y, en consecuencia, no podemos llevar a cabo su estudio mediante la búsqueda de regularidades de carácter universal. En otras palabras, el conocimiento derivado de las ciencias sociales no es un conocimiento nomotético, sino un conocimiento idiográfico. Esto suponía un abierto enfrentamiento con la tesis positivista de la unidad de la ciencia, según la cual todas las disciplinas científicas, incluida la historia, debían seguir un método común. Desde el punto de vista positivista, las ciencias sociales, al igual que las ciencias naturales, eran una forma de conocimiento nomotético, cuyo objetivo último era la formulación de las leyes generales que explican la realidad social.

En la polémica que enfrentó a los partidarios del carácter nomotético de las ciencias sociales con quienes abogaban por su naturaleza idiográfica, Weber se situó en una postura intermedia. Según él, la sociología se tiene que interesar tanto por la generalización como por la particularización del conocimiento. El puente que le sirvió para unir ambos extremos fueron los tipos ideales. Los tipos

ideales son conceptos generales que el sociólogo utiliza a la hora de estudiar la realidad social. Se trata de abstracciones elaboradas por el sociólogo partiendo de la realidad empírica, pero presentando ésta de forma exagerada. Son conceptos ideales en el sentido de que no tienen un referente empírico real. Se trata, por tanto, de modelos o herramientas heurísticas que el sociólogo utiliza en su análisis de la realidad. El tipo ideal es una generalización y, en este sentido, responde a una caracterización de la sociología como un saber nomotético. Sin embargo, partiendo de estos conceptos generales, el sociólogo debe estudiar una realidad concreta, particular, debe, por consiguiente, utilizar estos conceptos para obtener un conocimiento idiográfico de la realidad social.

Además de sus contribuciones a la teoría sociológica, Weber llevó a cabo importantes investigaciones empíricas, entre las que destacan sus estudios sobre las estructuras de autoridad y la burocracia, su análisis de la racionalización y sus estudios acerca de la religión, en los que ocupa un lugar relevante el análisis de la relación entre el capitalismo y la ética protestante. Pese a la perspectiva microsociológica en la que Weber situó explícitamente la labor de la sociología, hay que señalar que en estos estudios trascendió el análisis de la acción individual y prestó atención a fenómenos macrosociales, como la estructura social o la cultura.

Otra contribución importante al debate sobre la relación entre individuo y sociedad fue la de Simmel (1858-1918), cuya influencia en el desarrollo de la teoría sociológica fue decisiva, no sólo en Alemania, sino también en Estados Unidos. El análisis que Simmel hizo de la interacción social sirvió de inspiración a los sociólogos de la Escuela de Chicago y ejerció una notable influencia en el interaccionismo simbólico. Por otra parte, el trabajo de este autor influyó, también, en otras teorías como las del intercambio.

Para Simmel, el objeto principal de la sociología debe ser el análisis de las interacciones que se producen de manera cotidiana entre las personas. A la hora de estudiar la interacción social, nos tenemos que situar, según Simmel, en un nivel de análisis microsociológico, ya que los principios que rigen este tipo de interacciones "sólo pueden apreciarse con el microscopio psicológico". Con ello, Simmel se separa de la postura macrosociológica adoptada por autores como Durkheim.

En cuanto a la metodología adecuada para abordar el estudio de la interacción social, Simmel considera que el método de estudio del sociólogo tiene que imitar

la forma de proceder del lego cuando éste da sentido a sus interacciones cotidianas. Las personas se enfrentan de manera cotidiana a numerosos acontecimientos e interacciones. A la hora de dar sentido a sus interacciones, las personas no actúan como si fuera la primera vez que se enfrentan a ellas, sino que las definen utilizando una serie de etiquetas y modelos que ya posee. Amistad, intercambio o extrañeza son algunos de los modelos con los que contamos para dar sentido a las interacciones que mantenemos de forma habitual con los demás. Según Simmel, el sociólogo debe actuar del mismo modo, reduciendo el complejo entramado de interacciones con el que se tiene que enfrentar a un número limitado de clases o formas de interacción. La identificación y el análisis de las formas de interacción fue, precisamente, una de las principales aportaciones de Simmel a la microsociología. Situaciones como el conflicto, el intercambio, la extrañeza o la subordinación destacan entre las formas de interacción analizadas por Simmel.

Las formas de la interacción no fueron el único objeto de la sociología de Simmel. También prestó una considerable atención al papel que desempeñan en las interacciones cotidianas los diferentes actores que participan en ellas. De este modo, desarrolló un importante trabajo encaminado a la identificación y el análisis de una serie de tipos sociales, en el que destacan sus reflexiones sobre el extraño o el pobre.

Entre las aportaciones de Simmel al estudio de la interacción social también destaca el análisis que hizo de las diferencias entre la diada y la triada, así como sus estudios sobre la influencia que ejercen el tamaño del grupo o la distancia entre sus miembros en la interacción social y en la personalidad individual.

La postura de Simmel en lo que se refiere a las relaciones entre individuo y sociedad se aleja tanto de posturas realistas –como la de Durkheim–, como de posturas nominalistas. Frente a ambos extremos, adopta una postura interaccionista, en la que individuo y sociedad se determinan mutuamente. Las estructuras sociales son producto de la interacción entre las personas pero, una vez creadas, trascienden a éstas y pueden ejercer sobre ellas una influencia coercitiva.

3.3. La sociología de la escuela de Chicago

Entre los desarrollos teóricos de la sociología que ejercieron mayor influencia en la psicología social hallaremos, sin lugar a dudas, los trabajos desarrollados

en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago. Dicho departamento, fundado por Small en 1892, se convirtió en el centro de la sociología norteamericana durante los años veinte. Figuras como Robert Park (1864-1944), Ernest W. Burgess (1886-1966), W.I. Thomas (1863-1947), Charles H. Cooley (1864-1929) o George Herbert Mead (1863-1931) destacan entre los principales representantes de una orientación que se convertiría en uno de los más importantes desarrollos teóricos de la psicología social sociológica.

A los sociólogos de la escuela de Chicago, en especial a Park, les debemos la introducción y difusión de las ideas de Simmel en la sociología norteamericana. Al igual que Simmel, los sociólogos de la escuela de Chicago adoptan una orientación microsociológica, centrada en el análisis de la acción y de los procesos subjetivos que la determinan. Al subrayar el papel de este tipo de procesos, los teóricos de la escuela de Chicago se alejan claramente del conductismo, corriente teórica que ejercía una influencia hegemónica en la psicología de la época. Frente a la concepción mecanicista de la persona que se derivaba del conductismo, estos sociólogos proponían una visión voluntarista del ser humano: la persona no reacciona mecánicamente ante los estímulos que se le imponen desde el exterior, sino que sus acciones están mediadas por la conciencia. A diferencia del conductismo, que concibió a la persona como un ser reactivo y pasivo, la sociología de la escuela de Chicago la definió como un sujeto reflexivo, cuyas acciones estaban guiadas por el significado que atribuye a las mismas.

Un ejemplo del papel que los sociólogos de la escuela de Chicago atribuyeron a los procesos subjetivos que determinan la acción lo tenemos en la siguiente afirmación de Thomas: "si los hombres definen una situación como real, ésta será real en sus consecuencias". A la hora de explicar y comprender el comportamiento de las personas, la percepción que éstas tienen de la realidad puede ser más importante que la realidad misma. El estudio de la conciencia y de los procesos subjetivos que guían la acción ocupó, por tanto, un lugar muy destacado en los trabajos realizados en la escuela de Chicago. La conciencia era entendida como el producto de la interacción de la persona con su entorno. Un ejemplo de esta forma de entender la conciencia lo tenemos en el concepto de yo espejo de Cooley, que implica que la conciencia de uno mismo surge en el transcurso de sus interacciones con los demás y es un reflejo de las imágenes de nosotros que éstos nos devuelven. Pero fue, sin duda, en la obra de G.H. Mead donde esta forma de concebir la conciencia ocupó un lugar más destacado. Las

ideas de este autor dieron lugar al interaccionismo simbólico, una de las principales corrientes teóricas de la psicología social sociológica, que será analizada en un apartado posterior.

El énfasis que se ponía en el punto de vista subjetivo del actor tuvo importantes implicaciones metodológicas. Si uno de los objetivos de la sociología era el estudio de la conciencia y de los determinantes subjetivos de la acción, resultaba imprescindible que el sociólogo fuera capaz de adoptar el punto de vista del actor. Ésta era la idea que guiaba la recomendación de Cooley cuando proponía que el sociólogo se familiarizase con el uso de la introspección simpática, poniéndose en el lugar de los sujetos a los que investigaba. La gran aceptación que esta idea tuvo entre los sociólogos de la escuela de Chicago dio lugar a un importante desarrollo de la metodología cualitativa, lo cual no quiere decir, sin embargo, que se abogara por el uso exclusivo de este tipo de técnicas de investigación. Si por algo se caracteriza la escuela de Chicago, desde el punto de vista metodológico, es por el uso conjunto de técnicas de investigación cualitativas y cuantitativas. De hecho, el periodo de mayor actividad de la escuela de Chicago coincidió con un importante desarrollo de las encuestas sociales, al que los estudios realizados en el contexto de esta escuela no fueron ajenos. Un ejemplo de esto lo tenemos en el estudio *Los Negros en Chicago* (*Chicago Commission on Race Relations*, 1922), realizado por Johnson y dirigido por Park, con el objetivo de analizar la integración de la población negra en la ciudad de Chicago (Véase Bulmer, 1984). En esta investigación, que tuvo un carácter fundamentalmente aplicado, se realizaron dos grandes encuestas entre la población negra, en las que participaron 274 familias y 865 empleados de diferentes sectores. Además de este método, se hizo un amplio uso de técnicas cualitativas como la observación directa, la entrevista detallada y el análisis de artículos de prensa. Y todo esto, con el complemento del análisis cuantitativo de datos del censo.

Entre las investigaciones desarrolladas por los sociólogos de la escuela de Chicago destaca, también, por su relevancia para la psicología social, el estudio de Thomas y Znaniecki (1918), *El campesinado polaco en Europa y los Estados Unidos*. Esta investigación, cuyo objetivo fue analizar el cambio que se producía en las actitudes y valores de los inmigrantes polacos que se instalaban en la ciudad de Chicago, ocupa un lugar destacado en la historia no sólo de la psicología, sino también de la sociología, por diferentes motivos. Por una parte, y al igual que el estudio sobre *Los Negros en Chicago*, esta investigación destaca por la com-

binación de diferentes técnicas de investigación. El estudio fue pionero en el uso que hizo de documentos personales, tales como cartas e historias de vida de los inmigrantes. Asimismo, se utilizaba otro tipo de fuentes documentales, como artículos de periódicos, entrevistas, etc. Por otra parte, esta investigación destaca por la forma en que los datos empíricos fueron integrados en un esquema teórico, en el que la reflexión sobre el concepto de actitud ocupó un lugar central.

La forma en que el concepto de actitud fue definido en el estudio de Thomas y Znaniecki resulta especialmente relevante para la psicología social, hasta el punto de que esta investigación es el punto de partida de un importante desarrollo de la investigación sobre actitudes. Thomas y Znaniecki definen a la psicología social como el estudio científico de las actitudes, a las que, a su vez, conciben como la contrapartida subjetiva de los valores sociales. De esta forma, estudian el cambio de actitud como respuesta a las características objetivas de la realidad social.

Los dos estudios que acabamos de mencionar son ejemplos representativos de otra de las características definitorias de la sociología de la escuela de Chicago: su orientación hacia la investigación empírica y aplicada. Herederos directos del pragmatismo norteamericano, los sociólogos de la escuela de Chicago dieron un giro importante a la sociología, dirigiéndola hacia el estudio empírico de la realidad social. Otra idea central compartida por todos los sociólogos de esta escuela fue la concepción de la sociología como una ciencia orientada hacia la reforma social, algo que se vio reforzado por las características del contexto social en el que se desarrolló la labor de estos sociólogos. Los sociólogos de la escuela de Chicago se vieron en la necesidad de abordar los problemas sociales derivados de la rápida industrialización y urbanización de la ciudad. La idea de que la ciudad era el gran laboratorio en el que los sociólogos debían desarrollar sus investigaciones supuso un impulso importante para el desarrollo de la sociología empírica.

En resumen, la sociología norteamericana de los años veinte y treinta estuvo dominada por el trabajo que se desarrollaba en la escuela de Chicago. Las características definitorias de esta escuela fueron las siguientes:

- Orientación hacia la investigación empírica y aplicada.
- Concepción de la sociología como una ciencia aplicada orientada hacia la reforma social.
- Adopción de un nivel de análisis microsociológico.
- Énfasis en las dimensiones subjetivas de la acción.

- Concepción de la conciencia como producto de la interacción social.
- Pluralismo metodológico, que desembocó en la combinación de métodos de investigación tanto cuantitativos como cualitativos en la misma investigación.
- Énfasis en la investigación de campo frente a la investigación de laboratorio: la ciudad era concebida como el laboratorio propio del sociólogo.

4. El punto de vista psicosociológico en el enfoque funcionalista

El funcionalismo es una perspectiva teórica que explica los fenómenos sociales en términos de las funciones que éstos cumplen o, lo que es lo mismo, analizando de qué manera contribuyen al mantenimiento de la sociedad. Podemos encontrar los primeros antecedentes de la perspectiva funcionalista en la obra de algunos sociólogos clásicos, como Comte, Spencer o Durkheim, quienes habían insistido en la necesidad de considerar a la sociedad como un todo y de estudiar la forma en que cada una de las partes contribuía a mantener el equilibrio del conjunto. La perspectiva funcionalista tuvo su primer gran desarrollo dentro de la antropología, en la que destacan los trabajos de autores como Radcliffe-Brown (1881-1955) o Malinowsky (1884-1942). En sociología, en la que el funcionalismo estructural fue la corriente teórica dominante durante los años cincuenta y sesenta, los principales representantes de este enfoque fueron Talcott Parsons y Robert Merton, algunas de cuyas ideas resumiremos en estas páginas.

A pesar de que los autores que se encuadran dentro de esta corriente divergen entre sí en numerosos aspectos, es posible extraer algunas características comunes que permitan dar una breve visión de conjunto de todos ellos. De forma muy esquemática, todos los autores que se encuadran en la perspectiva del funcionalismo estructural tenían en común los siguientes rasgos:

Adopción de un punto de vista macrosociológico. La unidad de análisis de los funcionalistas estructurales son los fenómenos sociales a gran escala, tales como la estructura social, la cultura o las instituciones sociales.

El objeto de la sociología es el análisis de las estructuras sociales y de las funciones que dichas estructuras cumplen. Las estructuras sociales son funcionales para el sistema, en el sentido de que contribuyen al mantenimiento de éste.

El sistema social es percibido en términos de consenso. El sistema social es el resultado de la existencia de un consenso valorativo y normativo.

El cambio social se produce de forma lenta. El funcionalismo estructural no supone un rechazo de la existencia de cambios en el sistema, pero sí de la idea de que éstos tienen lugar de forma brusca. Los cambios en una parte del sistema ocasionarán un proceso de ajuste de las demás partes.

Como acabamos de señalar, uno de los principales representantes del funcionalismo estructural en sociología fue Talcott Parsons, en cuya obra podemos distinguir dos grandes etapas. La primera de ellas se caracteriza por la adopción de una perspectiva microsociológica muy influida por la teoría de la acción de Max Weber. La obra más representativa de esta primera etapa es *La Estructura de la Acción Social* (1937). En ella, Parsons desarrolla una teoría de la acción en la que la unidad de análisis era el acto-unidad, y cuyo objetivo principal era analizar los determinantes subjetivos de la acción. Como había hecho Weber, Parsons rechazó el concepto de conducta y reivindicó el uso del término acción, más apropiado porque implica tener en cuenta el papel de la conciencia y de los determinantes subjetivos del comportamiento.

El interés inicial de Parsons por los fenómenos microsociológicos y por el análisis de la acción fue dando paso a un interés creciente por la macrosociología. El producto de esta evolución lo tenemos en su teoría funcionalista, que ocupó la segunda fase de su carrera. La obra más representativa de esta segunda etapa es *El Sistema Social* (1951).

Según Parsons, la acción social o, lo que es lo mismo, la interacción entre actores individuales, podemos concebirla como un sistema. La idea central sobre la que Parsons fue construyendo su perspectiva funcionalista es la de que todo sistema necesita, para mantenerse, que se cumplan cuatro funciones:

A. Adaptación

Todo sistema se tiene que adaptar a su entorno y lograr que el entorno cambie en función de sus necesidades.

G. Logro de metas

Un sistema debe ser capaz de definir y lograr sus propias metas.

I. Integración

Todo sistema debe garantizar una adecuada interrelación entre sus partes.

L. Latencia

Un sistema tiene que motivar a los individuos para que permanezcan en él y tiene que garantizar la existencia de pautas culturales que mantengan la motivación.

La intención de Parsons fue aplicar este esquema al estudio del sistema de la acción social. La acción social tiene lugar en el contexto de una estructura social que pone a las personas en relación con otras. Cualquier acción transcurre, además, en el contexto de una cultura que la determina por medio de una serie de valores y normas. Asimismo, la acción se encuentra determinada por las necesidades y características de los actores individuales. De ahí que Parsons considere que para un análisis de la acción es necesario tener en cuenta tres niveles: el sistema social, el sistema cultural y el sistema de la personalidad de los actores individuales. El sistema social cumple la función de integración, al garantizar el mantenimiento de las relaciones entre los actores individuales. El sistema de la personalidad cumple la función del logro de metas, y el sistema cultural, la de proporcionar a los actores las pautas que tienen que guiar su acción. La función de adaptación se lleva a cabo en un nivel más elemental, como es el del organismo biológico.

Aunque dedica cierta atención al estudio del sistema cultural y del sistema de la personalidad individual, el interés central de Parsons se situó en el análisis del sistema social. Éste es el objetivo que se plantea en *El Sistema Social* (1951), donde propone un cuerpo de conceptos para el análisis de los sistemas sociales. A continuación vamos a ver la definición que da Parsons del sistema social:

"Un sistema social -reducido a los términos más simples- consiste, pues, en una pluralidad de actores individuales que interactúan entre sí en una situación que tiene al menos, un espacio físico o de medio ambiente, actores motivados por una tendencia a «obtener un óptimo de gratificación» y cuyas relaciones con sus situaciones -incluyendo a los demás actores- están mediadas y definidas por un sistema de símbolos culturales estructurados y compartidos."

T. Parsons, *El Sistema Social* (1951/1988, pág. 17).

Aunque reconoce que la unidad del sistema social es el acto, Parsons señala que cuando queremos llevar a cabo un análisis de los sistemas sociales, tenemos que seleccionar la unidad de análisis de orden más alto: el estatus-rol. La unidad de análisis ya no es el actor individual, sino el actor en tanto en cuanto está relacionado con otros actores. El interés del sociólogo se tiene que centrar, por lo tanto, en la participación del actor en relaciones interactivas con otros actores. Esta participación tendrá dos dimensiones: el estatus, o posición que un actor ocupa con respecto a otros actores, y el rol, o papel que el actor desempeña en su relación con los demás.

Como corresponde a su enfoque funcionalista, Parsons dedicó una gran atención al análisis de los requisitos funcionales previos del sistema social. El primero de ellos es que exista compatibilidad entre el sistema y las necesidades de los actores individuales que constituyen dicho sistema. Asimismo, el sistema social tiene que estar estructurado de tal forma que sea compatible con el sistema cultural al que está asociado. En definitiva, para que un determinado sistema social exista, es imprescindible el apoyo de los otros dos sistemas que constituyen el sistema de la acción. Los prerequisites funcionales del sistema social son, en consecuencia, los siguientes:

a) **Motivación adecuada de los actores:** es necesario un número suficiente de actores individuales que estén motivados para actuar de acuerdo con las exigencias del sistema. Los actores tienen que estar motivados para actuar positivamente, cumpliendo con las expectativas asociadas a sus roles, y negativamente, evitando conductas desviadas.

b) **Compatibilidad de las pautas culturales:** las pautas culturales tienen que garantizar un mínimo de orden en el sistema y dicho sistema tiene que evitar pautas culturales que planteen a los individuos demandas imposibles y que generen, por tanto, desviación y conflicto.

El problema del orden es central en la obra de Parsons, así como en la de casi todos los funcionalistas. Según Parsons, el problema del orden es el problema de cómo podemos lograr, dentro de un sistema social, la integración de la motivación de los actores individuales con las normas culturales. En cualquier sistema social, la acción se encuentra “normativamente orientada”, es decir, se encuentra regulada de acuerdo con una serie de normas establecidas. Según Parsons, la orientación ha-

cia el cumplimiento de las normas se puede concebir en un continuo que va desde la conveniencia (el actor actúa en función de intereses instrumentales) hasta la introyección o internalización del criterio (actuar conforme a la norma llega a ser una necesidad de los actores). Para Parsons, es esta última forma de orientación hacia las normas la que da lugar al método más adecuado de integración entre la motivación de los actores individuales y la estructura de valores. De modo que, gracias al proceso de socialización, que se extiende a lo largo de todo el ciclo vital, se logra que las normas y valores lleguen a convertirse en parte de la conciencia de los actores. De ahí surge la importancia que adquiere en la obra de Parsons el análisis del proceso de socialización, que es, según este sociólogo, el mecanismo principal que utiliza el sistema social para garantizar su mantenimiento. El otro mecanismo, el control social, tiene un carácter secundario.

La orientación macroestructural de Parsons es clara. El principal objetivo de su trabajo teórico fue el análisis del sistema social. La acción individual ocupó un lugar secundario en el funcionalismo estructural de Parsons. Dentro del sistema teórico de Parsons, los actores individuales eran concebidos como meros receptores pasivos de las características del sistema, y nunca como creadores o determinantes del mismo.

Otro representante destacado del funcionalismo estructural en sociología fue Robert Merton. Discípulo de Parsons, Merton criticó algunas de las posturas extremas que éste había adoptado. Uno de los postulados del funcionalismo estructural que Merton criticó fue la idea de que cualquier estructura o institución social es funcional para el mantenimiento del sistema. A diferencia de la mayor parte de los funcionalistas estructurales, centrados, casi en exclusiva, en el análisis de la adaptación o el ajuste entre las diferentes partes de un sistema, Merton también le prestó atención al estudio del desajuste. De esta forma, una de sus principales aportaciones fue la introducción del concepto de disfunción, que hacía referencia al hecho de que determinadas estructuras o instituciones sociales podían tener consecuencias negativas para el sistema. Asimismo, admitió la posibilidad de que determinadas estructuras o instituciones no cumplieran ninguna función relevante para el conjunto del sistema. Tal era el caso, por ejemplo, de aquellas instituciones que seguían existiendo como reminiscencias del pasado, pero que habían dejado de ser funcionales. Todo esto le llevó a introducir el concepto de no función.

Otra importante aportación de Merton fue la distinción que estableció entre las funciones manifiestas de un sistema o institución social y sus funciones latentes. Según Merton, toda institución social cumple dos tipos de funciones. Las funciones manifiestas son aquellas que resultan conocidas para los participantes en una determinada actividad; se trata de funciones que los actores conocen y persiguen de forma consciente. Las funciones latentes, por otra parte, son las consecuencias de la actividad que los participantes no conocen, de las que no son conscientes. Uno de los principales objetivos de la sociología, según Merton, era descubrir las funciones manifiestas y latentes de las instituciones sociales. Podemos hallar un ejemplo de la aplicación del enfoque funcional de Merton al análisis de una institución social concreta en el análisis psicosociológico que realiza Jahoda (1987) de las funciones del empleo. Su función manifiesta sería la de proporcionar a la persona unos ingresos económicos, mientras que sus funciones latentes serían las de imponer una estructura temporal a las actividades diarias; ampliar el campo de las relaciones sociales más allá de las relaciones familiares, que a menudo conllevan una gran carga emocional; demostrar, gracias a la división del trabajo, que los propósitos y las realizaciones de una colectividad trascienden a los objetivos individuales; conceder un estatus social y clarificar la identidad personal, así como establecer la obligación de realizar una actividad regular.

La obra de Merton supuso, por tanto, una revisión de los postulados básicos del funcionalismo estructural que se vio ampliado con la introducción de los conceptos de disfunción y de no función, y con la distinción entre funciones manifiestas y latentes, y todo esto sin abandonar el nivel de análisis macrosociológico propio de esta perspectiva.

5. El punto de vista psicosociológico en la teoría del intercambio

Uno de los principales vínculos entre la teoría sociológica y la psicología social lo encontramos en las teorías del intercambio. Bajo esta etiqueta se encuadran una serie de modelos teóricos cuyo objetivo común es el de identificar los principios explicativos de las relaciones interpersonales. Las teorías del intercam-

bio son uno de los resultados de la introducción de los principios del neoconductismo en psicología social.

Como señala Morales (1981), todas las teorías del intercambio comparten dos supuestos. El primero de ellos es la consideración del hedonismo como rasgo esencial de la naturaleza humana y como determinante fundamental de las relaciones sociales, que se mantienen en función de los resultados o recompensas que proporcionan. El segundo supuesto sobre el que se asientan las teorías del intercambio es el convencimiento de que el individualismo es el principio explicativo más adecuado en ciencias sociales. Como consecuencia de esto, todas las teorías del intercambio parten de la base de que hay que entender las relaciones sociales a la luz de las necesidades de las personas que participan en ellas.

Las teorías del intercambio más influyentes en psicología social fueron la de Homans (1961), la de Blau (1964) y la de Thibaut y Kelley (1959), procedentes las dos primeras de la sociología y la tercera, de la psicología.

5.1. La teoría de intercambio de Homans

Una de las teorías del intercambio de mayor relevancia en psicología social fue la de Homans, que supone una aplicación de los principios del conductismo radical de Skinner al análisis de las relaciones interpersonales.

Las aportaciones iniciales de Homans a la psicología social se encuentran reunidas en el libro *El grupo humano* (1950), en el que el autor formula una serie de principios generales sobre el comportamiento humano en grupos pequeños. Pero es en un libro posterior, *Social Behavior* (1961), donde Homans desarrolla completamente su teoría del intercambio, como resultado de haber aplicado al análisis del comportamiento social las leyes del condicionamiento operante.

Una de las bases sobre las que Homans asienta su teoría del intercambio es la idea de que para explicar el comportamiento social no es necesario recurrir a principios distintos de los utilizados para explicar el comportamiento individual. Los principios del comportamiento individual que Homans utiliza para explicar el comportamiento social son las leyes del condicionamiento operante de Skinner. Partiendo de estas leyes, Homans formula cinco proposiciones (Homans, 1982, págs. 92-99).

a) **Proposición del éxito:** "cuanto más sea recompensada la actividad de una persona, tanto más probable es que ésta lleve a cabo esa actividad."

b) **Proposición del estímulo:** "si el concurso de un determinado estímulo o de una serie de estímulos ha comportado, en el pasado, que la actividad de una persona se haya visto recompensada, entonces cuanto más semejantes sean los estímulos actuales a los pasados, tanto más probable es que esa persona realice ahora la actividad o alguna actividad semejante."

c) **Proposición del valor:** "cuanto más valiosa sea la recompensa de una actividad para una persona, tanto más probable es que ésta realice esa actividad."

d) **Proposición de la privación-satisfacción:** "cuanto más haya recibido una persona una recompensa determinada en un pasado inmediato, tanto menos valiosa le resultará toda ulterior unidad de esa recompensa."

e) **Proposición de la frustración-agresión:** "si una persona no recibe por su actividad la recompensa que esperaba o recibe un castigo que no esperaba, sentirá enfado y, al estar enfadada, los efectos de una conducta agresiva le valdrán de recompensa."

Homans introduce en su análisis teórico de las relaciones de intercambio el concepto de justicia distributiva. Según Homans, las personas utilizan cuatro reglas para decidir si un determinado intercambio es justo.

1. Debe existir proporcionalidad entre las recompensas que se dan y las que se obtienen.
2. Las recompensas que se obtienen en un intercambio tienen que ser proporcionales a las inversiones, definidas como todas aquellas contribuciones que una persona hace a una relación y que se derivan de características personales como la edad, la raza, el nivel educativo, etc.
3. Tiene que haber proporcionalidad entre las recompensas que una persona recibe y los costes producidos por el intercambio, definidos como todo aquello que la persona pierde por contribuir a una determinada relación.
4. Engloba a las tres anteriores. Tiene que haber proporcionalidad entre beneficios (recompensas-coste) e inversión.

A las cinco proposiciones que acabamos de mencionar, Homans añadió otra, derivada de la teoría económica de la elección racional. Según la proposición de la racionalidad, cuando las personas eligen entre acciones alternativas, lo hacen siguiendo el principio racional de obtener el máximo beneficio.

La persona evaluará las diferentes alternativas que se le presentan en función del valor de la recompensa derivada de cada una de ellas y de la probabilidad de obtener dicha recompensa. Según Homans, esta proposición implica que las personas preferirán recompensas muy valoradas y fáciles de conseguir.

En resumen, la teoría del intercambio de Homans es uno de los ejemplos más claros de la aplicación de los principios del neoconductismo en sociología. La utilización de principios psicológicos para explicar el comportamiento social y su pretensión de establecer leyes generales del comportamiento humano le acercan bastante al conductismo radical skinneriano. La teoría de Homans tuvo una continuación en la sociología conductista posterior.

5.2. La teoría del intercambio de Thibaut y Kelley

Otra contribución importante a las teorías del intercambio fue la de Thibaut y Kelley (1959), en la que el influjo neoconductista elaborado a partir del concepto de refuerzo se encuentra matizado por la influencia de autores como Lewin y Festinger, así como por algunos elementos de la teoría de los juegos.

En su análisis de las relaciones de intercambio, Thibaut y Kelley parten del supuesto de que el fenómeno social elemental es la diada y que podemos aplicar los principios que explican la relación diádica al análisis de relaciones más complejas. La unidad de análisis utilizada para explicar las relaciones interpersonales es la interacción, definida como aquella situación en la que dos personas:

"emiten conductas en presencia mutua, mantienen relaciones de reciprocidad o se comunican entre sí; en cualquier caso, consideramos que hay interacción si existe por lo menos la posibilidad de que las acciones de uno afecten al otro y viceversa."

J.W. Thibaut y H.H. Kelley, *The social psychology of groups* (1959, pág. 10).

Como el resto de las teorías del intercambio, la de Thibaut y Kelley parte del supuesto de que el comportamiento de la persona está guiado por el principio hedonista de obtener el máximo beneficio. De ahí que los conceptos centrales del modelo sean los de recompensa –cualquier cosa positiva que la persona obtiene de una relación– y coste –lo negativo que obtiene. El resultado obtenido por la persona en una relación será la suma algebraica de recompensas y costes.

Así pues, la persona tenderá a mantener una relación cuando las recompensas que dicha relación le proporcione sean superiores a los costes. Por el contrario, aquellas relaciones en las que los costes sean superiores a las recompensas tenderán a extinguirse.

Según Thibaut y Kelley, a la hora de valorar los resultados de una relación de intercambio, la persona utiliza dos criterios o patrones de comparación subjetivos: el nivel de comparación y el nivel de comparación de alternativas.

Thibaut y Kelley (1959, pág. 21) definen el nivel de comparación como "el estándar en relación al cual el sujeto valora lo atrayente o satisfactoria que resulta esa relación para él". Por encima del nivel de comparación, la persona valorará el resultado como satisfactorio. Para establecer el nivel de comparación en una situación social dada, la persona tiene en cuenta los resultados obtenidos en esa situación en el pasado (por ella misma o por otros). De esta forma, el nivel de comparación se define como "algún valor modal o promedio de todos los resultados –de la situación social dada– conocidos por la persona (en virtud de experiencias personales o sustitutivas), siendo cada resultado ponderado por su saliencia (o por el grado con que es provocado en el momento)". Por encima del nivel de comparación, los resultados de la interacción son considerados ganancias y por debajo, costes. En cualquier caso, es un valor sujeto a diferencias individuales e intraindividuales.

El nivel de comparación de alternativas es "el estándar que el sujeto de una relación emplea para decidir si permanece en ella o la deja" (1959, pág. 21). Cuando la persona valora los resultados de una relación de intercambio, establecerá una comparación entre los resultados que obtiene con ella y los que obtendría con otras relaciones alternativas. Presumiblemente, una persona no mantendrá una relación de intercambio si los resultados que puede obtener con relaciones alternativas son mejores. El nivel de comparación de alternativas es un mínimo por debajo del cual la persona abandonará la relación en caso de que surjan alternativas mejores. Del mismo modo, aunque los resultados de una relación sean insatisfactorios, ésta se mantendrá si los resultados de la alternativa son peores.

La teoría de Thibaut y Kelley presenta muchos de los mismos problemas que presenta el modelo de Homans. Su principal contribución fue el énfasis en los dos patrones de comparación. Las recompensas y los costes no se experimentan

como absolutos: la importancia psicológica de la recompensa varía en función de las experiencias que ha vivido la persona y las oportunidades presentes.

5.3. La teoría del intercambio de Blau

El tercer modelo teórico sobre las relaciones de intercambio que analizaremos en estas páginas es la teoría del emergentismo social de Blau (1964).

Este modelo procede de la sociología, al igual que el de Homans, y trata de superar algunas de las limitaciones de las dos teorías del intercambio anteriores. Más en concreto, uno de los objetivos de Blau fue integrar algunas de las ideas de las teorías del intercambio con los presupuestos de la teoría estructural. Como hemos visto en los apartados precedentes, tanto en la teoría del intercambio de Homans como en la Thibaut y Kelley, la unidad de análisis es la interacción social en grupos pequeños. A partir del análisis realizado en ambos modelos, parece desprenderse la idea de que las relaciones de intercambio se producen en un vacío social. Pues bien, el modelo de Blau (1964) surge como un intento de superar esta limitación.

Blau (1964) está de acuerdo con la idea de que los procesos de intercambio son los que constituyen la base de las relaciones interpersonales, pero señala que a partir de estos procesos se van generando nuevas formas de relación que terminan dando lugar a las estructuras sociales. En concreto, Blau propone la existencia de seis tipos de relaciones sociales. La forma básica de relación social es la asociación, que precede necesariamente al intercambio y que se encuentra fundamentada en tres procesos psicológicos básicos: la atracción interpersonal, la presentación de una imagen deseable y la aprobación social. Sólo cuando estos procesos psicológicos han actuado, determinando la formación de una asociación, podremos hablar de intercambio social, que sería la segunda forma de relación. A partir de las relaciones de intercambio van surgiendo nuevas formas de relación, como los procesos de poder, el intercambio secundario, el intercambio indirecto y el intercambio en las grandes asociaciones. Cada una de estas relaciones aporta algo nuevo a la relación anterior, es decir, tiene una serie de propiedades emergentes.

A la hora de analizar las relaciones de intercambio que tienen lugar en grupos de tamaño reducido, Blau parte de presupuestos similares a los de Homans. Las

personas se sienten atraídas por aquellos grupos que van a recompensar más su conducta. La consolidación de los grupos dependerá, entonces, de que las recompensas recibidas por sus miembros sean mayores que los costes que supone la pertenencia a los mismos. La posición de la persona dentro de un grupo dependerá de su capacidad para ofrecer recompensas a los demás. Estos procesos de intercambio de recompensas entre los miembros de un grupo se encuentran en la base de los procesos de liderazgo.

Pero, a diferencia de Homans o de Thibaut y Kelley, Blau no admitía que los principios que guían las relaciones de intercambio más elementales puedan ser utilizados, sin más, para explicar las relaciones interpersonales que tienen lugar en el contexto de grandes colectividades. Según Blau, los principios psicológicos derivados de las teorías del intercambio pueden ser utilizados en el estudio de los grupos pequeños porque existe una relación directa entre los miembros del grupo. Pero cuando la interacción directa no se da, como ocurre en las grandes colectividades, hay que recurrir a otros mecanismos explicativos. En su caso, los mecanismos que utiliza son las normas y los valores. La conducta de la persona en las grandes colectividades no está determinada por las relaciones de intercambio directo con otras personas, sino por las normas y valores que la colectividad impone. Así pues, es el grupo el que recompensa o castiga la conducta de sus miembros.

Uno de los ejemplos utilizados por el autor para analizar las relaciones de intercambio indirecto es el de la conducta altruista en las grandes organizaciones, que Blau comparaba con las relaciones de caridad tradicionales. En el patrón tradicional, la caridad es un intercambio directo entre personas. La persona caritativa da algo material y recibe a cambio agradecimiento y aprecio de la otra persona. En las organizaciones actuales no hay contacto directo entre las personas que dan y las que reciben. El donante que hace un donativo a una organización no tiene una relación directa con los receptores de la ayuda, y quien contribuye económicamente a una organización lo hace por ajustarse a la norma social y por recibir el reconocimiento del grupo, no para granjearse la gratitud de quienes se benefician de su ayuda.

La teoría del intercambio de Blau (1964) va, por tanto, más allá que las teorías anteriores. La conducta individual y las relaciones de intercambio directas dejan de ser el único foco de análisis que se amplía de esta forma para tener en cuenta el papel de la estructura social. Blau reconoce, en cualquier caso, que la estructura social es el resultado de las relaciones de intercambio más elementales, pero, una vez

creadas, las estructuras sociales acaban por tener vida propia y ejercer un papel determinante en la acción social. Blau no sólo reconoció las propiedades emergentes de las relaciones sociales, algo que también había hecho Homans, sino que fue más allá que éste, al afirmar que para explicar los procesos que tienen lugar en el nivel estructural es necesaria una serie de principios diferentes de los utilizados para explicar la conducta individual. Al integrar la teoría del intercambio dentro de esta visión estructuralista, Blau creó un enfoque diferente que encajaba más en la teoría estructural que en la teoría del intercambio. Las últimas aportaciones de Blau (1987) a la teoría sociológica se sitúan, de hecho, en el nivel macro.

En resumen, las teorías del intercambio surgen durante la década de los sesenta como resultado de la introducción de los principios del neoconductismo en psicología social. Los modelos más relevantes fueron los de Homans (1961), Thibaut y Kelley (1959) y Blau (1964). Aunque parten de presupuestos comunes, estas tres teorías presentan entre sí algunas diferencias. Mientras que los modelos de Homans y Blau proceden de la sociología, el de Thibaut y Kelley surge dentro de la psicología social de orientación psicológica. Por otra parte, mientras que en el modelo de Homans es claramente perceptible la huella de Skinner, en el de Thibaut y Kelley, los principios del neoconductismo fueron integrados con ideas procedentes de otros enfoques, como la psicología gestaltista. Para finalizar, y centrándonos en el nivel de análisis utilizado, los modelos de Homans y Thibaut y Kelley se sitúan en un nivel micro, utilizando como unidad de análisis las relaciones de intercambio en grupos pequeños. En el modelo de Blau, se da una mayor importancia al papel de la estructura social, y las relaciones interpersonales se analizan, no sólo a la luz de principios psicológicos, sino teniendo en cuenta otros principios derivados de la teoría estructural.

6. El interaccionismo simbólico

Como ya hemos señalado antes, el desarrollo teórico más importante al que dio lugar la sociología de la escuela de Chicago fue el interaccionismo simbólico. El nombre de interaccionismo simbólico se lo debemos a Herbert Blumer, uno de los interaccionistas simbólicos que, después de G.H. Mead, han tenido

una mayor influencia en el desarrollo de esta teoría psicosociológica. La definición que este psicólogo social nos da de esta perspectiva es la siguiente:

"El interaccionismo simbólico se basa en los más recientes análisis de tres sencillas premisas. La primera es que el ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que estas significan para él[...]. La segunda premisa es que el significado de estas cosas se deriva de, o surge como consecuencia, de la interacción social que cada cual mantiene con el prójimo. La tercera es que los significados se manipulan y modifican mediante un proceso interpretativo desarrollado por la persona al enfrentarse con las cosas que se va hallando a su paso".

H. Blumer, *El Interaccionismo Simbólico* (1962/82, pág. 2).

La principal característica de este enfoque es la consideración de la dimensión simbólica del comportamiento humano. Las consecuencias que se derivan de incluir esta dimensión para el análisis del comportamiento humano son diversas y, entre las mismas, podemos destacar las siguientes:

- 1) Las personas no responden a los estímulos del medio de una forma prefijada, sino que el comportamiento es el resultado de los significados atribuidos a dichos estímulos. Por lo tanto, en el caso del comportamiento humano, éste se encuentra mediado por el universo simbólico en el que viven las personas.
- 2) Los significados que las personas adscriben al medio son el resultado de la interacción social. En la interacción con los otros es donde vamos aprendiendo los significados que damos a los objetos del medio. Vivimos en un medio simbólico por medio del cual aprendemos los significados de nuestra cultura.
- 3) La realidad social es una construcción humana, producto de la interacción social, que antecede a los individuos, pero que es un producto de sus actos. Las personas tienen la capacidad de transformar el medio en el que viven; el interaccionismo simbólico reconoce la capacidad de agencia en los individuos.
- 4) El ser humano, a diferencia de los animales, tiene la capacidad de ser un objeto para sí mismo. Esta capacidad de interactuar de forma reflexiva consigo mismo, le permite anticipar las consecuencias que se derivan de diferentes cursos de acción y elegir entre ellos.
- 5) El pensamiento es el resultado de la interacción simbólica. Gracias al lenguaje somos capaces de pensar la realidad e imaginar otras posibles realidades, así como de tener una imagen de nosotros mismos.

Hallaremos los orígenes filosóficos del interaccionismo simbólico en el pragmatismo. Esta filosofía desarrollada por William James, Ch.S. Peirce, J. Dewey y G.H. Mead, principalmente, considera que el pensamiento es una forma de acción. No existe, por tanto, para los pragmatistas una división entre pensar y actuar. Contraria a una concepción dualista del ser humano, considera que un conocimiento es verdadero si sirve para orientar nuestra conducta.

Sin duda, el texto fundacional del interaccionismo simbólico es *Espíritu, Persona y Sociedad*. Publicado de forma póstuma, este texto es una síntesis de las clases que impartió Mead, recopiladas por sus alumnos y publicadas en forma de libro. En él podremos encontrar las claves del desarrollo posterior de este enfoque psicosociológico.

La definición que da Mead de la psicología social es bastante ilustrativa de su manera de concebir las bases sociales del comportamiento humano:

"La psicología social estudia la actividad o conducta del individuo tal y como se da dentro del proceso social; la conducta de un individuo sólo puede ser entendida en términos de la conducta del grupo social del cual es miembro, puesto que sus actos individuales están involucrados en actos sociales más amplios, que van más allá de él y que abarcan a otros miembros de ese grupo. En psicología social no construimos la conducta del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que lo componen; antes bien, partimos de un todo social determinado de compleja actividad social, dentro del cual analizamos (como elementos) la conducta de cada uno de los distintos individuos que la componen. Es decir, que intentamos explicar la conducta del individuo en términos de la conducta organizada del grupo social, en lugar de explicar la conducta organizada del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que pertenecen a él. Para la psicología social, el todo (la sociedad) es anterior a la parte (el individuo), no la parte al todo; y la parte es expresada en términos del todo, no el todo en términos de la parte o las partes."

G.H. Mead, *Espíritu, persona y sociedad* (1934/72, pág. 54).

Está claro, en tal caso, que el interaccionismo simbólico de Mead entiende a la persona y al medio social como dos aspectos de una misma realidad. En este sentido ofrece una superación de las separaciones tradicionales entre individuo y sociedad, una forma de superación del individualismo metodológico, el cual considera posible explicar la sociedad a partir de las motivaciones individuales de sus miembros.

Podemos considerar el interaccionismo simbólico como una teoría que comparte aspectos comunes con lo que el propio Mead define como conductismo social, pero que está muy alejado de la psicología conductista de Watson, que será objeto de crítica por el hecho de negar la existencia de la conciencia:

"La psicología social es conductista en el sentido de que parte de una actividad observable [...] que debe ser estudiada y analizada científicamente. Pero no es conductista en el sentido de pasar por alto la experiencia interna del individuo, la fase interior de ese proceso o actividad."

G.H. Mead, *Espíritu, persona y sociedad* (1934/72, pág. 55).

Otro de los aspectos centrales del interaccionismo simbólico de Mead es el importante papel adscrito a la comunicación simbólica en la explicación del comportamiento humano. Sin esta característica propia de la interacción humana sería imposible la aparición del pensamiento y el surgimiento de la mente; es decir, de una conciencia reflexiva. Mediante nuestra capacidad para crear un universo simbólico damos sentido a la realidad social, definimos las situaciones, guiamos nuestras acciones, nos relacionamos con el mundo y buscamos soluciones a los problemas anticipando diferentes cursos de acción.

La teoría interaccionista es también una teoría de la identidad. Todos tenemos una idea acerca de nosotros mismos, de cómo y quiénes somos, puesto que en nuestra interacción con otros semejantes vamos construyendo una imagen de nosotros. Esta imagen que tenemos de nosotros no es un proceso interno, algo que el sujeto va construyendo de manera autónoma, sino que es el resultado de las concepciones que los otros tienen sobre nosotros y que se expresan en la comunicación simbólica. Aquí es importante subrayar la distinción que establece Mead entre dos pares de conceptos como son los de "mí" y "yo", y "otro" y "otro generalizado". El proceso por el que la persona tiene una idea de sí misma, un *self*, es de carácter social y evolutivo. La identidad surge como resultado de un proceso de identificaciones que tienen lugar con las personas más próximas al niño, "otros significativos" y, posteriormente, con un "otro generalizado", es decir la sociedad. Así, por ejemplo, el juego y el deporte marcan dos fases en este proceso de creación de la identidad: mediante el juego adoptamos las actitudes de los "otros significativos"

al identificarnos con ellos y por medio del deporte nos identificamos con el grupo en su conjunto como tal:

"El individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino sólo indirectamente, desde los puntos de vista particulares de los otros miembros individuales del grupo social, o desde un punto de vista generalizado del grupo social, en cuanto a un todo al cual pertenece."

G.H. Mead, *Espíritu, persona y sociedad* (1934/72, pág. 170).

Por último, los conceptos de "mí" y "yo" hacen referencia a las relaciones entre la persona y la sociedad. El énfasis que Mead pone en lo social no supone una imagen sobresocializada del individuo. El origen y las bases de la persona son sociales, pero esto no quiere decir que no seamos más que el producto de una adaptación a las actitudes que la sociedad impone sobre nuestra conducta. El "mí", según Mead, es aquella parte de la persona que responde a las actitudes de los otros adoptándolas como suyas; el "yo" se corresponde con las reacciones que las actitudes de los otros nos suscitan. Dichas reacciones se encuentran influidas por el "mí", pero no determinan la respuesta final que adoptamos. Así, por ejemplo, nuestra pertenencia a una nación, una cultura, un grupo social, etc. va determinando quiénes somos y la conciencia que tenemos de quiénes somos, así como nuestra conducta. Sin embargo, si bien adoptamos las actitudes de los grupos sociales con los que nos identificamos, cada uno de nosotros responde de manera particular ante las mismas situaciones, unos de manera más predecible y otros de manera más desviada con respecto a las normas sociales.

6.1. Desarrollos del interaccionismo simbólico:

las escuelas de Iowa y Chicago

En las escuelas de Iowa y Chicago podremos encontrar dos de los principales desarrollos del interaccionismo simbólico, representados por Manford Khun, la primera, y Herbert Blumer, la segunda. Los desacuerdos entre ambas escuelas son de carácter teórico y metodológico. Veamos, brevemente, los de carácter teórico.

El primer desacuerdo entre las escuelas de Iowa y Chicago surge con respecto a la idea de *self*, término que podemos traducir por "sí mismo" o "yo" y que hace referencia a la identidad. Ambas están de acuerdo en la importancia de los procesos de comunicación simbólica para el surgimiento de la identidad, en su origen social, pero se diferencian en la importancia dada al *self* como estructura o como proceso. Mientras que la idea de Khun se identifica con el concepto de "mí" desarrollado por Mead, la de Blumer está mucho más cercana al concepto de "yo", también desarrollado por Mead. Khun pensaba que si conocemos las actitudes de una persona para consigo misma podemos predecir la conducta, mientras que para Blumer la conducta se encuentra indeterminada. Para Blumer el sujeto es, ante todo, un organismo activo que elabora su propia acción antes que estar sometido a fuerzas externas.

Encontramos otra diferencia en la importancia y efectos asignados a la interacción social, personal, y a las estructuras sociales, por otro. Para Blumer, la interacción es un proceso mediante el cual la vida grupal está en continuo desarrollo, en permanente cambio y dependiente de los diferentes esquemas de interpretación que utilizan los individuos que participan de la misma. Khun, sin embargo, enfatiza los aspectos más estructurales en la determinación de la conducta, los cuales dependen de las definiciones sociales que aprendemos sobre los objetos. Es decir, nuestras actitudes hacia los objetos del medio, positivas o negativas, son, para Khun, una consecuencia de los significados con los que aprendemos a designarlos.

Por último, cabe decir que entre ambas escuelas de pensamiento interaccionista existen notables diferencias de carácter metodológico. Mientras que para Blumer, el análisis de la realidad social no puede ser reducido a una búsqueda de las relaciones entre un conjunto de variables, Khun nos propone para su estudio el uso de variables definidas operacionalmente. Los procedimientos que se basan en la búsqueda de relaciones entre variables independientes –causas– y variables dependientes –efectos– son, en opinión de Blumer, erróneos, puesto que omiten el proceso de interpretación, ocultando lo que ocurre en la vida real. Khun, sin embargo, defiende la idea de utilizar métodos que permitan la investigación empírica, tal y como acontece con el uso de instrumentos de medida como el *TST*, utilizado para operacionalizar, el concepto de *self*. Blumer, por el contrario, aboga por el estudio directo del mundo social y no por la imposición de un conjunto de procedimientos prefijados. La propuesta de utilizar conceptos

sensibilizadores con los que poder interpretar la vida social frente a la lógica de la operacionalización de conceptos, que limita el significado de las variables a su significado cuantitativo y el uso de técnicas de observación frente a la aplicación de escalas, son las principales diferencias metodológicas entre ambos enfoques del interaccionismo simbólico.

6.2. El enfoque dramático de E. Goffman

Si bien la obra de Goffman es muy extensa, incluyendo un numeroso conjunto de publicaciones, nos centraremos en una de ellas por ser la que ha tenido un mayor impacto tanto en la sociología como en la psicología social sociológica de corte interaccionista. Se trata de *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, texto publicado en 1959.

Goffman define su enfoque de la siguiente manera:

"En este estudio empleamos la perspectiva de la actuación o representación teatral; los principios resultantes son de índole dramática. En las páginas que siguen consideraré de qué manera el individuo se presenta y representa su actividad ante otros, en las situaciones de trabajo corriente, en qué forma guía y controla la impresión que los otros se forman de él, y qué tipo de cosas puede y no puede hacer mientras actúa ante ellos."

E. Goffman, *La presentación de la Persona en la Vida Cotidiana* (1959/1987, pág. 11).

El enfoque inicial de Goffman recibe el nombre de dramático. Preocupado por el análisis de la interacción cara a cara, ésta se nos muestra como una representación de carácter escénico. Su objetivo es analizar los encuentros (*encounters*) en los que es preciso tener en cuenta la presencia mutua de las personas y en los que éstas realizan actuaciones (*performances*) para influirse mutuamente.

La idea del mundo como un gran teatro es la que sirve a este sociólogo para analizar cómo influimos y ejercemos control sobre los demás por medio de la forma de presentarnos o, dicho de otra manera, del manejo de impresiones.

El desempeño de un rol implica, para Goffman, dos extremos diferenciados. En uno de los extremos encontramos al actuante sincero, aquel que cree en la

imagen que da en el desarrollo de su actuación. En el otro extremo encontramos al cínico, aquel que presenta la imagen que mejor conviene a sus intereses. La tergiversación de los hechos, el mantenimiento de la distancia social y el artificio son formas de actuación de quien representa un papel sin creer en su contenido. En este caso, la máscara acaba por ser parte integrante de la personalidad del individuo.

La obra de Goffman es un análisis de los diferentes elementos que hacen posible la interacción cara a cara y el manejo de las impresiones que se dan en estas situaciones. Así, nos habla de la fachada, que se refiere tanto al medio (*setting*) donde se desarrolla la acción, como a la fachada personal, formada por la apariencia y los modales y en la que quedan incluidas las expresiones faciales, el aspecto, las pautas del lenguaje, etc.

En nuestras realizaciones dramáticas tendemos, según Goffman, a encubrir aquellas acciones que no son compatibles con la imagen que queremos transmitir; esto nos lleva a intentar no perder el mantenimiento del orden expresivo, es decir, a obviar en la interacción cualquier elemento que pueda contradecir la imagen que deseamos transmitir de nosotros mismos o del rol que representamos. Goffman amplía su estudio a lo que denomina equipos. Señala que en numerosas ocasiones las personas colaboran entre sí, no para mostrar una imagen de sí mismas, sino del servicio que ofrecen de su trabajo profesional.

Como es obvio, el enfoque dramático hace referencia a un nivel de análisis microsociológico sobre el arte de manejar las impresiones cara a cara. Su mérito consiste en realizar una minuciosa radiografía de la estructura de las interacciones sociales. Pero, y de forma contraria a los interaccionistas simbólicos como Blumer, Goffman entiende que los papeles que representamos y las máscaras que utilizamos para llevar a cabo la representación de nosotros ante los demás vienen prescritos socialmente. Esta definición social de las pautas de acción que se consideran correctas en la puesta en escena de uno mismo no supone la consideración del actor como un títere en manos de un guión socialmente prescrito, sino que el actor puede mostrar su propia identidad (adecuándose a los aspectos ritualizados de la actuación o distanciándose de los mismos). Para finalizar, Goffman considera que hay que utilizar la idea de la vida social como un teatro como una analogía útil y no de forma literal.

7. La sociología fenomenológica de A. Schutz

Podemos entender el conjunto de la obra de Schutz como el intento por construir una teoría de la acción subjetiva. Max Weber será el sociólogo que más influencia tendrá en su pensamiento, por medio de su sociología comprensiva, que no es otra cosa que el estudio del comportamiento desde el sentido que el actor le da al mismo. La otra gran influencia de este autor proviene de la fenomenología de Edmund Husserl. Con respecto a Husserl, Schutz toma la idea de actitud natural. El escenario donde se desarrolla la acción social es el mundo de la vida, es decir, el mundo cotidiano que damos por real, donde las personas desarrollan su vida, donde interactuamos con los demás.

La teoría de Schutz es, ante todo, una sociología desde la que podemos analizar cómo las personas damos sentido a nuestras acciones y al mundo en el que vivimos. Se trata, por lo tanto, de una sociología de la vida cotidiana. Comprender cómo es posible el mundo social y simbólico que habitamos es el objetivo de la tarea emprendida por este autor. Para Schutz, lo que le tiene que preocupar al científico social es el análisis del conocimiento del sentido común.

Al igual que para la fenomenología de Husserl, Schutz considera que la realidad social no es algo externo ni puede ser reducida a mera percepción sensorial. La realidad es algo que construimos en nuestra experiencia de la misma, formando parte de nuestro mundo fenoménico.

"Las ciencias sociales deben abordar la conducta humana y su interpretación de sentido común en la realidad social, lo cual requiere el análisis de todo sistema de proyectos y motivos, de significatividades y construcciones [...]. Tal análisis remite al punto de vista subjetivo; es decir, a la interpretación de la acción y su encuadre en términos del actor."

A. Schutz, *El Problema de la Realidad Social* (1962/1995, pág. 60).

Nuestra experiencia no es algo que surja desde nuestro interior de una manera solipsista, sino que está biográficamente determinada. Con este concepto Schutz nos indica que nuestra forma de dar sentido al mundo depende de nuestras experiencias previas que se dan en un medio social y cultural. Cada uno de nosotros nos situamos en la vida de una manera singular y esa forma de situarnos no es algo que surja como una respuesta mecánica al medio físico, sino que

es el resultado de la forma que el mundo externo adopta como parte de nuestra experiencia subjetiva.

"La situación biográfica única en la cual me encuentro dentro del mundo en cualquier momento de mi existencia sólo es en muy pequeña medida producto de mi propia creación. Me encuentro siempre dentro de un mundo históricamente dado que, como mundo de la naturaleza y mundo sociocultural, existió antes de mi nacimiento y continuará existiendo después de mi muerte."

A. Schutz, *El Problema de la Realidad Social* (1962/1995, pág. 280).

El escenario de la acción social es el mundo de sentido común o mundo de la vida diaria, un mundo intersubjetivo en el que trabajamos y en el que nos relacionamos con otras personas gracias al lenguaje. Es un mundo cuya existencia damos por supuesta y que limita nuestras acciones, pero que, al mismo tiempo, podemos transformar con nuestras acciones.

Para interactuar en el mundo de la vida, las personas utilizan el pensamiento de sentido común, que se caracteriza por su tipicidad. Este concepto, derivado de la filosofía fenomenológica de Husserl, para quien la experiencia del mundo se construye sobre la tipicidad de los objetos o sucesos de la vida cotidiana, es retomado por Schutz para explicar el pensamiento de sentido común como un proceso mediante el cual los objetos del mundo exterior son apropiados por los actores según ciertos principios perceptivos: "Por ejemplo, el mundo exterior no es experimentado como un ordenamiento de objetos individuales únicos, dispersos en el espacio y en el tiempo, sino como 'montañas', 'árboles', 'animales', 'hombres', etc." (Schutz, 1962/1995, pág. 39). La noción de tipicidad hace posible vivir en un mundo sobre el que podemos ejercer cierto control, al poder prever de forma anticipada las consecuencias provocadas por nuestras acciones sobre el mundo: "Al colocar una carta en el buzón, preveo que personas a quienes no conozco, llamadas empleados de correo, actuarán de una manera típica no totalmente inteligible para mí, con el resultado de que mi carta llegará al destinatario en un tiempo típicamente razonable" (Schutz, 1962/1995, pág. 47). Las tipificaciones de sentido común son una cualidad del lenguaje, ya que mediante el uso del mismo construimos la realidad de una forma típica y constituyen "nuestro conocimiento a mano", el cual surge de la experiencia cotidiana.

"Mundo de la vida cotidiana significará el mundo intersubjetivo que existía mucho antes de nuestro nacimiento, experimentado e interpretado por Otros, nuestros predecesores,

como un mundo organizado. Ahora está dado a nuestra experiencia e interpretación. Toda interpretación de este mundo se basa en un acervo de experiencias anteriores a él, nuestras propias experiencias y las que nos han transmitido nuestros padres y maestros, que funcionan como un esquema de referencia en la forma de conocimiento a mano.”

A. Schutz, *El Problema de la Realidad Social* (1962/1995, pág. 198).

Las tipificaciones de las que nos habla Schutz constituyen un conjunto de recetas aprendidas de las que nos valemos para dar sentido a nuestro entorno, orientar nuestra conducta y comprender la de los demás. El orden social estaría, así, basado en un sistema de tipificaciones que hace predecible la conducta de los otros.

“[...] sólo una fracción pequeña del acervo de conocimiento a mano del hombre se origina en su propia experiencia individual. La mayor parte de su conocimiento se deriva de la sociedad, le ha sido transmitido por sus padres y maestros como su herencia social. Consiste en un conjunto de sistemas de tipificaciones significativas, de soluciones típicas para problemas prácticos y teóricos típicos; en preceptos típicos para conductas típicas [...] Todo este conocimiento es presupuesto sin discusión por el respectivo grupo social y es, por ende, un conocimiento socialmente aprobado [...]. El conocimiento social aprobado consiste, entonces, en un conjunto de recetas destinadas a ayudar a cada miembro del grupo a definir su situación en la realidad de la vida cotidiana de una manera típica.”

A. Schutz, *El Problema de la Realidad Social* (1962/1995, pág. 309-310).

Otro aspecto al que intenta dar respuesta la sociología de Schutz es cómo es posible la vida social. La idea clave para él se encuentra en la interacción. Como nos dice el propio autor, la vida cotidiana es un mundo intersubjetivo. Vivimos con otras personas y en interacción con ellas construimos un mundo de significados sobre las cosas. Mi conocimiento del mundo no es algo privado, sino que es compartido. El mundo de sentido común que todos compartimos para desarrollar nuestra vida cotidiana es posible gracias a la comunicación con nuestros semejantes. En conclusión, el significado de lo dicho anteriormente (que nuestro conocimiento del mundo tiene un origen social), es posible gracias a la socialización en una cultura que nos antecede y a la interacción simbólica con nuestros semejantes.

Antes de emprender una acción debemos tener en cuenta la adecuación de los medios empleados para conseguir una meta. No sólo debemos tener un conocimiento acerca de la adecuación entre medios y fines, sino que tenemos que presuponer, al mismo tiempo, que las personas con quienes nos relacionamos comparten ese mismo conocimiento. El mundo social sólo es posible porque en

nuestra vida cotidiana asumimos que el sentido que damos a nuestros actos va a ser comprendido del mismo modo por los demás. Schutz llama a esto reciprocidad de perspectivas:

"[...] doy por sentado –y presupongo que mi semejante hace lo mismo– que yo y él tendríamos típicamente las mismas experiencias del mundo común si cambiáramos nuestros lugares, de tal modo que mi Aquí se transformara en el suyo, y su Aquí –que para mí es ahora un allí– en el mío."

A. Schutz, *El Problema de la Realidad Social* (1962/1995, pág. 282-83).

El mundo de la vida es, por tanto, un mundo intersubjetivo, dotado de sentido para nosotros gracias a la interacción con otros semejantes. En este mundo del sentido común Schutz distingue entre los contemporáneos, con los que se da una interacción cara a cara, los predecesores, que pueden influir en nuestras acciones, y los sucesores, que pueden guiar nuestra acción. La interacción con nuestros contemporáneos sólo puede darse dentro de un sistema de tipificaciones que hace predecible la respuesta de los otros a nuestros actos. Pero la predicción no es de naturaleza matemática, sino subjetiva, lo que explica que la racionalidad de las acciones no sea absoluta. Además, la interpretación subjetiva del sentido de la acción, su carácter propositivo y su origen en la conciencia, junto con la definición de la situación que realiza el actor, hacen que la acción no esté absolutamente determinada, lo que explica la distancia entre los modelos de acción racional de los actores y los tipos ideales de acción ideal elaborados por el investigador social.

Éste es un punto de especial trascendencia en el esquema teórico propuesto por Schutz. ¿Cómo es posible que nosotros, como estudiosos del comportamiento humano, seamos capaces de comprender el sentido subjetivo de las acciones de los individuos que estudiamos tal y como éste se manifiesta en el mundo real, en su vida cotidiana? La respuesta que nos da Schutz es que las ciencias sociales constituyen un conocimiento de segundo grado que las diferencia de forma radical de las ciencias naturales:

"Los hechos, datos y sucesos que debe abordar el especialista en ciencias naturales son hechos, datos y sucesos solamente dentro del ámbito de observación que le es propio, pero este ámbito no significa nada para las moléculas, átomos y electrones que hay en él. En cambio, los hechos, sucesos y datos que aborda el especialista en ciencias sociales tienen una estructura totalmente distinta. Su campo de observación, el mun-

do social, no es esencialmente inestructurado. Tiene un sentido particular y una estructura de significatividades para los seres humanos que viven, piensan y actúan dentro de él. Estos han preseleccionado y preinterpretado este mundo mediante una serie de construcciones de sentido común acerca de la realidad cotidiana, y estos objetos de pensamiento determinan su conducta, definen el objeto de su acción, los medios disponibles para alcanzarlo; en resumen, los ayudan a orientarse dentro de su medio natural y sociocultural y a relacionarse con él. Los objetos de pensamiento contruidos por los expertos en ciencias sociales se refieren a los objetos de pensamiento contruidos por el pensamiento de sentido común del hombre que vive su vida cotidiana entre sus semejantes, y se basan en esos objetos. Las construcciones usadas por el especialista en ciencias sociales son, pues, por así decirlo, construcciones de segundo grado, o sea, construcciones de las construcciones hechas por los actores en la sociedad misma, actores cuya conducta el investigador observa y procura explicar de acuerdo con las reglas de procedimiento de su ciencia."

A. Schutz, *El Problema de la Realidad Social* (1962/1995, pág. 37-38).

Resumiendo la sociología fenomenológica de Schutz, podemos decir que su modelo teórico nos sirve para comprender el comportamiento de las personas en su vida cotidiana, en el mundo real en el que viven. Hay que entender lo dicho desde el punto de vista de los significados que el actor da a su acción. Estos significados forman parte de la cultura que nos antecede, pero también se van construyendo en el curso de nuestras interacciones con nuestros coetáneos y por medio de nuestra experiencia vivida que se constituye en nuestra biografía. Así pues, nuestra experiencia del mundo de la vida es una experiencia compartida, en la que aprendemos en comunicación con los demás a definir las situaciones en las que desarrollamos nuestra vida cotidiana. Estas definiciones nos sirven como guías para nuestras acciones.

El mundo de la vida tiene una estructura preexistente que nos condiciona, pero los seres humanos somos capaces de transformarla con nuestras acciones. Este doble nivel de análisis da a la perspectiva de Schutz una fundamentación psicosociológica. Actores y estructuras sociales son dos elementos inseparables de la dialéctica de su pensamiento. Para comprender el comportamiento debemos tener en cuenta tanto a la realidad social, en forma de tipificaciones que regulan las conductas, como a los individuos, en términos del sentido que éstos dan a sus acciones y de la forma en que definen las situaciones en las que se encuentran.

Si hay que definir la psicología social como una perspectiva antes que como un campo del saber con un objeto predeterminado, podemos considerar la sociología fenomenológica de Schutz como una teoría psicosociológica.

8. El construccionismo social de Berger y Luckmann

La construcción social de la realidad es uno de los libros que mayor influencia ha ejercido en el pensamiento sociológico contemporáneo. La intención de Berger y Luckmann, al redactar este libro, es la de construir una psicología de la vida cotidiana partiendo de las ideas de Schutz. En este sentido, podemos considerar a ambos autores como los principales continuadores de la obra de este autor y, por tanto, de una tradición de pensamiento fenomenológico aplicado a las ciencias sociales.

Pero la obra de ambos autores, aunque parte de la sociología fenomenológica, incluye a otros autores y corrientes de pensamiento de especial relevancia en las ciencias sociales, como son el interaccionismo simbólico de G.H. Mead, la teoría de la acción social de Max Weber, el pensamiento dialéctico de Karl Marx y la sociología objetiva de Émile Durkheim.

Como Schutz, ambos sociólogos se centran en el conocimiento de sentido común sobre la realidad social, en cómo las personas construimos la realidad social sobre la base de nuestras interacciones simbólicas, mediante las que interpretamos el mundo de la vida cotidiana.

La vida cotidiana se constituye como una realidad ordenada, un mundo compartido. Este mundo de la vida cotidiana es tanto un mundo subjetivo como una realidad objetiva. En este punto, Berger y Luckmann intentan integrar el pensamiento de Durkheim, es decir, la realidad como algo externo a los individuos y que ejerce un control coercitivo sobre los mismos, y el de Weber, la realidad como expresión de los significados subjetivos que los actores dan a sus acciones.

El carácter dual de la realidad social es el que da sentido al pensamiento construccionista de Berger y Luckmann:

"La sociedad, efectivamente, posee facticidad objetiva. Y la sociedad, efectivamente, está construida por una actividad que expresa un significado subjetivo [...]. Es justamente el carácter dual de la sociedad en términos de facticidad objetiva y significado subjetivo lo que constituye su «realidad *sui generis*» [...]. La cuestión central para la teoría sociológica puede, pues, expresarse así: ¿Cómo es posible que los significados subjetivos se vuelvan facticidades objetivas?"

P. Berger y T. Luckmann, *La Construcción Social de la Realidad* (1968, pág. 35).

Dentro de este esquema general, la obra de estos dos autores puede ser dividida en tres grandes apartados: 1) el conocimiento de la vida cotidiana, 2) la sociedad como realidad objetiva y 3) la sociedad como realidad subjetiva.

Para el análisis de la vida cotidiana, Berger y Luckmann parten de la sociología fenomenológica de Schutz. La principal cuestión que plantean es cómo es posible nuestro conocimiento del mundo de la vida, es decir, cuáles son las relaciones entre la realidad objetiva y nuestra conciencia de esa realidad. Para dilucidar esta cuestión, parten de una serie de supuestos básicos como son: la realidad de la vida cotidiana es inseparable de nuestra conciencia de la misma; dicha conciencia es un producto de nuestra acción en el mundo, acción que compartimos con otras personas, lo que hace que nuestra vida cotidiana sea un mundo compartido e intersubjetivo; la conciencia siempre se dirige a objetos, siendo, por tanto, intencional, y dichos objetos se presentan ante a nuestra conciencia como pertenecientes a realidades diferentes –las personas que aparecen en el curso de la vida real tienen una naturaleza e implican tensiones muy diferentes a las que aparecen en nuestros sueños–; aprehendemos la realidad como algo externo, real, ordenado y ya objetivado previamente; está estructurada, principalmente, en torno al presente, a la esfera de la vida cotidiana que nos es directamente accesible y que manejamos gracias a las tipificaciones que resultan de nuestro aprendizaje social y que constituyen un conocimiento rutinario de la realidad en la que vivimos.

Nuestro conocimiento de la realidad social es posible, en gran medida, gracias al lenguaje, puesto que gracias a él somos capaces de entrar en la subjetividad de otras personas con las que compartimos el mundo, al mismo tiempo que hacemos que procesos subjetivos sean objetivados. El lenguaje es, así, el mecanismo principal de objetivación de la vida cotidiana:

“Los signos y los sistemas de signos son objetivaciones, en el sentido de que son accesibles objetivamente más allá de la expresión de intenciones subjetivas aquí y ahora [...] el lenguaje se origina en las situaciones cara a cara, pero puede separarse de ellas fácilmente [...]. El lenguaje se origina en la vida cotidiana a la que toma como referencia primordial; se refiere, sobre todo, a la realidad que experimento en la conciencia en vigilia, dominada por el motivo pragmático (vale decir, el grupo de significados que corresponden directamente a acciones presentes o futuras) y que comparto con otros de manera establecida [...]. Como sistema de signos, el lenguaje posee la cualidad de la objetividad. El lenguaje se me presenta como facticidad externa a mí mismo y su efecto sobre mí es coercitivo.”

P. Berger y T. Luckmann, *La Construcción Social de la Realidad* (1968, pág. 54-57).

Estos procesos de objetivación a los que acabamos de hacer referencia dan lugar a la institucionalización. Cada vez que interactuamos asumimos un conjunto de tipificaciones recíprocas que permiten hacer inteligible la conducta de cada una de las personas involucradas en la interacción. Nos permiten asumir el rol del otro y conocer los motivos que guían sus acciones. La institucionalización sería una consecuencia de dichas tipificaciones sociales que se convierten en realidades externas y preexistentes para los individuos de nuevas generaciones. Las instituciones sancionan qué tipos de acciones hay que realizar y bajo qué procedimientos los actores tienen que llevar a cabo dichas acciones. Tienen, por tanto, un poder coercitivo y son útiles para el mantenimiento del orden social. Una parte importante de la institucionalización de la actividad humana se da por medio de los roles, puesto que con ellos aprendemos a identificar las acciones de los otros como comportamientos tipificados, es decir, como comportamientos tipo, cuya intencionalidad es predecible con independencia de quien la ejecute. Suponen, por tanto, el nexo de unión entre la estructura de la realidad objetiva y la realidad subjetiva:

“Las instituciones se encarnan en la conciencia individual por medio de los roles [...] al desempeñar los roles, los individuos participan en un mundo social; al internalizar dichos roles, ese mismo mundo cobra realidad para ellos subjetivamente.”

P. Berger y T. Luckmann, *La Construcción Social de la Realidad* (1968, pág. 98).

Entender la sociedad como realidad externa no significa ignorar que ésta es un producto humano. Las estructuras objetivas del mundo no son algo independiente de los sujetos que las construyen y el orden social es una consecuencia de la acción de los individuos, un producto de su acción sobre mundo. Olvidar este hecho supone reificar la sociedad, considerarla como un hecho ajeno a su construcción humana.

La externalización y objetivación de la actividad humana forman parte de un proceso dialéctico que se completa con la internalización. Ésta hace referencia a la aprehensión de dicha realidad objetiva como una realidad con significado que hacemos nuestro. El mecanismo mediante el cual la realidad externa se convierte en una realidad interiorizada se halla en los procesos de socialización, unos procesos que implican un aprendizaje tanto cognoscitivo como afectivo. Mediante la socialización primaria los niños aprenden a identificarse con las in-

interpretaciones que los otros significativos dan de la realidad. De manera que aprenden a adoptar los roles de los otros y de esta forma a identificarse a sí mismos. Este proceso de identificación tiene lugar de manera progresiva, de forma tal que el niño acaba por hacer suyo el punto de vista de la sociedad en su conjunto. Como vemos, la dimensión subjetiva de la realidad social guarda una gran similitud con los procesos descritos por G.H. Mead sobre la relación entre sociedad e identidad. De hecho, su pensamiento sirve de guía a ambos autores para describir el proceso mediante el cual interiorizamos la realidad social. Una realidad que se presenta como inevitable durante la socialización primaria, pero que puede ir transformándose como consecuencia de definiciones alternativas de la realidad que entran en competencia o por situaciones marginales que provocan cambios en la aprehensión de la misma. Aquí juega un papel relevante el diálogo:

"La vida cotidiana del individuo puede considerarse en relación con la puesta en marcha de un aparato conversacional que mantiene, modifica y reconstruye continuamente su realidad subjetiva."

P. Berger y T. Luckmann, *La Construcción Social de la Realidad* (1968, pág. 191).

Resumiendo el enfoque teórico de Berger y Luckmann, podemos decir que su principal interés se encuentra en el estudio de la vida cotidiana; se preocupan por el conocimiento de sentido común que orienta nuestras acciones y por el que vamos construyendo la realidad social. Su análisis parte de considerar la sociedad como un producto humano, al tiempo que es aprehendida como una realidad externa. Consideran, por tanto, la realidad objetiva y la realidad subjetiva como partes de un mismo proceso de constitución de la sociedad y del individuo, pues sociedad e individuo no se contraponen.

Los individuos son un producto social y la sociedad es un producto de los individuos. Toda realidad es el resultado de la externalización de la actividad humana, de su objetivación por medio del lenguaje y de su institucionalización mediante la tipificación de las acciones de los otros. Esta dimensión objetiva de la realidad debe ser completada con su aprehensión por parte de los individuos. La internalización de la realidad objetiva gracias a los procesos de socialización primaria y secundaria da lugar a la dimensión subjetiva de la realidad. Así, hay que entender la conciencia individual y la acción social en el contexto de una

estructura social que le da sentido. Al mismo tiempo, una estructura social no es algo que esté por encima o al margen de los individuos, puesto que los individuos reaccionan frente a las estructuras sociales y las modifican o las mantienen.

Como señalábamos al principio, la teoría construccionista de Berger y Luckmann parte de las reflexiones de la sociología fenomenológica de Schutz sobre la vida cotidiana y el conocimiento de sentido común, pero amplía dicha perspectiva incluyendo en sus análisis las teorías sociológicas de Weber y Durkheim, utilizadas para conformar una teoría de la acción en la que está presente el pensamiento de Mead. De esta síntesis resulta un enfoque psicosociológico de la realidad social de gran interés.

9. La etnometodología de E. Garfinkel

Hablar de etnometodología supone referirse a la obra de su creador Harold Garfinkel y a su libro, *Studies in Ethnomethodology*, publicado en 1967.

Garfinkel, al igual que Durkheim, considera que el estudio de los hechos sociales es el objetivo fundamental del análisis sociológico, pero difiere significativamente del sociólogo francés a la hora de definir lo que es un hecho social. Mientras que para Durkheim los hechos sociales son externos a los individuos y ejercen un poder coercitivo sobre los mismos, para Garfinkel, los hechos sociales forman parte y se construyen en las prácticas cotidianas de los miembros de una sociedad. Garfinkel no discute el carácter de objetividad que Durkheim da a los hechos sociales, pero no los sitúa como algo que se realiza al margen de nuestras interacciones ni los considera una entidad supraindividual:

“En contraposición a algunas opiniones del pensamiento de Durkheim según las cuales la realidad objetiva de los hechos sociales es el principio fundamental de la sociología, nosotros proponemos, como política de investigación fundamental para los sociólogos, que la realidad objetiva de los hechos sociales debe ser entendida como realización continua de las actividades concertadas de la vida cotidiana de sus miembros, los cuales conocen, usan, y consideran como obvios los procedimientos ordinarios e ingeniosos para esta realización.”

H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology* (1967, pág. 7).

2 La intención de Garfinkel es la de estudiar las actividades prácticas, es decir, las actividades de la vida diaria, actividades mediante las cuales los miembros de una sociedad organizan su vida diaria y dan sentido a la misma. El orden social, para Garfinkel, no es otra cosa que las reglas sociales con las que los miembros de una sociedad se enfrentan a tareas cotidianas. Estas reglas que suponen un conocimiento práctico de los actores sociales les sirven para producir y manejar el día a día de sus interacciones. En este sentido, podemos considerar la etnometodología como una sociología de la vida cotidiana.

3 En la primera página de su libro, Garfinkel (1967) nos relata que sus estudios "tratan de las actividades prácticas, de las circunstancias prácticas y del razonamiento sociológico práctico como temas de estudio empírico, prestando a las actividades comunes de la vida diaria la misma atención que si se tratase de acontecimientos extraordinarios [...]".

No es fácil establecer una definición de etnometodología, por lo que emplearemos la dada por el propio Garfinkel, para intentar, después, la realización de una descripción de los términos utilizados por los etnometodólogos.

"Utilizo el término etnometodología para referirme a la investigación de las propiedades racionales de las expresiones indexicales y otras acciones prácticas como partes de las continuas realizaciones que logramos gracias a nuestra destreza en la organización de las prácticas de la vida diaria."

H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology* (1967, pág. 11).

4 La indexicalidad de la que habla Garfinkel se refiere tanto a las expresiones que utilizamos en el lenguaje cotidiano como a las acciones que emprendemos como miembros de una sociedad para realizar nuestras actividades diarias. Desde el punto de vista del lenguaje natural, la indexicalidad implica la contextualización necesaria de una palabra, una frase o una locución para captar su sentido. Garfinkel retoma de Husserl la idea de que no podemos saber el sentido de una expresión si no tenemos un conocimiento de la biografía y propósitos de quien la emplea, las circunstancias de su locución, el curso previo de la conversación o la relación que existe entre el emisor y el receptor de la interacción. Esto lleva a Garfinkel a establecer una distinción entre las expresiones objetivas (libres del contexto), referidas a la ciencia, y las expresiones indexicales referidas al lenguaje natural. Mediante las expresiones indexicales los miembros de una sociedad construyen y dan sentido a sus actividades cotidianas.

4.1

4.2

La importancia que los etnometodólogos dan al lenguaje, tal y como se manifiesta en la vida cotidiana, les lleva a tener un particular interés por el análisis conversacional. El objetivo del mismo es demostrar cómo los miembros de una sociedad utilizan procedimientos comunes para hacer inteligibles sus interacciones.

4.3

Cuando se produce una quiebra en el curso normal de la conversación, se interrumpen las expectativas sobre las que es posible el entendimiento y una comprensión común que hace posible mantener la interacción. El siguiente ejemplo sirve a Garfinkel para ilustrar las propiedades del discurso común que permiten la interacción. Nos muestra una situación en la que un estudiante (E) de Garfinkel cuestiona a un conocido (S) acerca del sentido de sus observaciones. Veamos el breve extracto de uno de los relatos realizados por un estudiante:

“(S) Se me ha pinchado una rueda.

(E) ¿Qué quieres decir con que tienes una rueda pinchada?

Ella parecía momentáneamente aturdida. Entonces me contestó de una manera hostil: «¿Qué quieres decir, qué quieres decir?» Una rueda pinchada es una rueda pinchada. Eso es lo que quiero decir. Nada especial. Vaya una pregunta absurda.”

H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology* (1967, pág. 42).

Los etnometodólogos no establecen distinciones entre el conocimiento de los científicos sociales y el que emplean las personas en sus procedimientos para comprender el mundo. La etnometodología no se preocupa por establecer las condiciones de validez o verdad del conocimiento, sino las prácticas comunes tanto al razonamiento sociológico como al conocimiento del sentido común.

Tanto los sociólogos como los psicólogos sociales utilizamos nuestra “reflexividad para producir, realizar, reconocer o demostrar la adecuación-racional-para-todo-propósito-de-carácter-práctico de nuestros procedimientos y descubrimientos” (Garfinkel, 1967, pág. 8). Desde este punto de vista, los etnometodólogos son muy críticos con respecto a diferentes concepciones provenientes de distintos campos de las ciencias sociales, tales como la psicología social, la antropología o la sociología que dan una idea de la persona como “idiota cultural” (cultural dope). Un ejemplo de este tipo de teorías lo tendríamos en el fun-

cionalismo de T. ~~Parsons~~, que pretende explicar la acción social sobre la base de normas interiorizadas:

5

"Por idiota cultural entiendo la persona que, en la sociedad del sociólogo, hace posibles los rasgos estables de dicha sociedad de acuerdo a lo que establecen las alternativas legítimas para la acción que provee la cultura común."

H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology* (1967, pág. 68).

Tanto los científicos sociales como los demás miembros de una sociedad tienen la competencia comunicativa necesaria como para hacer inteligibles o descriptibles (*accountable*) los procedimientos que hacen posible llevar a cabo todas nuestras actividades cotidianas. Ambos utilizan el mismo método en su comprensión del mundo social: el método documental. Como método de interpretación lo utilizamos para conocer el significado de nuestras acciones, el patrón subyacente a las mismas o la manera en que llegamos a dar cuenta de los acontecimientos de la vida cotidiana. En palabras del propio Garfinkel:

"El método consiste en tratar la apariencia actual como el «documento de», «señalando a», como «estando en nombre de» un patrón subyacente [...]. El método es reconocible para las necesidades diarias de reconocer de qué está hablando una persona, dado que no sabe exactamente de lo que está hablando [...]".

H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology* (1967, pág. 78).

6

Garfinkel ejemplifica el método documental exponiendo un experimento en el que participaron diez estudiantes y un falso consejero. Cada estudiante discutía individualmente con el supuesto consejero un problema sobre el que precisase ayuda. El consejero debía contestar con un sí o un no a cada pregunta que le hiciera el estudiante por medio de un micrófono que conectaba las salas en las que se encontraban ambos. Las respuestas eran aleatorias, de manera que no dependían de la pregunta realizada. La conclusión de Garfinkel es que las personas intentaban dar sentido a la situación de intercambio mediante las respuestas del falso consejero; para ello, los estudiantes entendían cada respuesta como parte de un patrón o esquema de interpretación que iban estableciendo en el curso de la conversación. La aleatoriedad de las respuestas del falso consejero provocaba continuos esfuerzos, por parte del estudiante, por reordenar el sentido de las mismas, de forma tal que cada respuesta alteraba el sentido de la

anterior, hasta construir un modelo interpretativo con el que poder entender el conjunto de respuestas y orientar, así, su acción futura.

Tanto los científicos sociales como el resto de los miembros de una sociedad utilizan los mismos procedimientos para hacer narrables y descriptibles sus razonamientos de carácter práctico. Desde este punto de vista, tanto el razonamiento de sentido común, como el razonamiento sociológico o psicosociológico son de carácter práctico, lo que les hace ser objeto, por igual, del estudio etnometodológico.

Para estudiar ambos tipos de conocimiento, los etnometodólogos proponen una actitud de indiferencia etnometodológica. Esta actitud consiste en abandonar nuestras categorías de análisis e hipótesis sobre el mundo social y analizar, sin prejuicios o categorías previas, los procesos que hacen posibles las actividades cotidianas de los miembros de una comunidad.

Los etnometodólogos rechazan la idea de explicar la conducta de las personas como la interiorización de normas o valores preestablecidos y proponen analizar cómo los miembros de una sociedad se organizan para hacer inteligibles sus decisiones, realizaciones, planes; en resumen, las propiedades racionales de sus actividades prácticas. Garfinkel propone estudiar el orden social como las realizaciones prácticas de sus miembros, es decir, se trata de analizar dichas prácticas cotidianas como procesos en los que las personas buscan de forma deliberada dar sentido a sus interacciones.

La descripción de las reglas que gobiernan nuestros encuentros cotidianos es estudiada por los etnometodólogos gracias a los experimentos de ruptura (*breaching experiments*). No se trata de experimentos propiamente dichos, sino de demostraciones sobre la ruptura del curso normal de una interacción en situaciones de la vida cotidiana. Estos experimentos muestran cómo las personas se esfuerzan por restaurar el orden de la interacción sobre la base de un conocimiento social compartido. Asimismo, permiten estudiar las propiedades de cualquier intercambio conversacional y las reglas que dan sentido a nuestras interacciones cotidianas.

Dentro de los estudios etnometodológicos podemos distinguir diferentes tipos de preocupaciones e intereses. De entre las mismas, cabe destacar el análisis conversacional desarrollado por Harvey Sacks, Emmanuel Schegloff y el propio Garfinkel, entre otros, y la sociología cognitiva de Aaron Cicourel.

Los analistas de la conversación tienen como objetivo estudiar las propiedades de las conversaciones cotidianas: su carácter interactivo, su orden secuencial y su inteligibilidad contextual. En el curso de las conversaciones cotidianas da-

mos por supuestas todas estas características que sólo se manifiestan cuando pedimos a uno de los interlocutores en una conversación cualquiera que explique el sentido de cada intervención.

Un breve extracto de una conversación familiar transcrita por uno de los alumnos de Garfinkel nos sirve para ilustrar cómo en la conversación vamos construyendo el sentido de lo que decimos y desarrollamos un conocimiento de carácter práctico que permite la interacción con los demás sobre la base de un entendimiento mutuo:

“Marido: Dana logró poner un penique en el parquímetro sin ayuda

Esta tarde, al volver del colegio, nuestro hijo de cuatro años, Dana, fue capaz de introducir un penique en el parquímetro [...] mientras que antes siempre tenía que ayudarle.

Esposa: ¿Le llevaste a la tienda de discos?

Si logró introducir un penique quiere decir que te paraste mientras ibas con él. Sé que paraste en la tienda de discos a la ida, antes de ir a buscarlo, o a la vuelta [...].

Marido: No, a la zapatería.

No, paré en la tienda de discos cuando iba a buscarlo y en la zapatería, cuando volvía a casa y él estaba conmigo

Esposa: ¿Para qué?

Conozco un motivo por el cuál tenías que ir al zapatero, pero ¿cuál fue exactamente ese motivo?

Marido: Me compré unos cordones para los zapatos

Te acordarás que se me rompió uno de los cordones de mis zapatos marrones el otro día, así que decidí parar para comprar unos nuevos [...].”

H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology* (1967, pág. 25-26).

En cuanto a la sociología cognitiva de Aaron Cicourel, debemos destacar su crítica a una concepción del orden social basada en constructos como los de estatus, rol o expectativa de roles. En su opinión, el teórico de las ciencias sociales, al igual que el actor social, utilizan procedimientos interpretativos con los que crean un mundo de significados compartidos mediante los que dan sentido a la interacción cotidiana. Mediante la adquisición de dichos procedimientos

interpretativos el niño adquiere una noción del mundo que le permite orientar sus actuaciones y ejercer influencia en las acciones de los demás. La opinión de Cicourel queda bien reflejada en la siguiente cita:

"La idea según la cual la acción concertada es posible gracias a un conjunto de normas y orientaciones de valor comunes que tienen la capacidad de generar consenso ha sido un tema particularmente persistente a lo largo del tiempo en las ciencias sociales. El argumento presentado con anterioridad afirma que las personas son capaces de una acción concertada en ausencia de consenso, o en una situación de conflicto, o como en el caso de los niños que no poseen una noción clara de las normas y mucho menos de los elementos de un sistema de valores compartido. Con esto no pretendo decir que los valores son irrelevantes o que son innecesarios, pero el papel que juegan en el origen, mantenimiento o cambio en el escenario de la acción, depende de las propiedades de los recursos interpretativos."

A. Cicourel, *Cognitive Sociology* (1973, pág. 72).

La sociología cognitiva de Cicourel aboga por una teoría del lenguaje (semántica generativa) en la que se pongan de manifiesto los procedimientos interpretativos que hacen posible la constitución de un conocimiento socialmente compartido. La adquisición y uso del lenguaje conlleva procesos cognitivos de carácter psicológico y sociológico que hacen posible la interacción social con fines prácticos. Dichos procedimientos interpretativos no sólo incluyen el lenguaje oral, sino también la comunicación no oral (como en el caso de los sordos) a la que Cicourel dedica una atención detallada. Estos procedimientos interpretativos en los que se basa la interacción sirven para dar sentido a la misma, al proveer de un vínculo entre el lenguaje y los procesos cognitivos asociados al procesamiento de la información. Así pues, dan a los miembros de una comunidad una competencia interaccional que les permite programar sus actividades de manera socialmente aceptable, comportarse como si compartieran un escenario común y recibieran y procesasen la misma información, participasen de un conjunto de normas comunes acerca de la interacción, manifestasen repertorios de conducta y formas de comunicación inteligibles y vinculasen la información recibida a situaciones pasadas y posibilidades futuras.

El enfoque teórico de Cicourel, aun dentro de los postulados etnometodológicos, presta una especial atención a los procesos cognitivos –atención, memoria y procesamiento de la información–, sin desvincularlos de procesos simbólicos. Por el contrario, los analistas de la conversación de raíz etnometodológica se centran

en las propiedades del discurso sin vincular dichos procesos a procesos mentales, olvidándose de la reflexividad como característica básica de toda interacción.

En su conjunto, podemos considerar el enfoque etnometodológico como una teoría psicosociológica que ha tenido influencia en otros enfoques teóricos procedentes de la sociología, como la teoría de la estructuración de Giddens, o de la psicología, como el análisis conversacional de Antaki (1988), el análisis del discurso de Potter y Wetherell (1987) y el enfoque retórico de Billig (1991).

Los trabajos de Garfinkel y la etnometodología, junto con el interaccionismo simbólico, la sociología fenomenológica o el enfoque dramático, que hemos visto en páginas anteriores, supusieron una apertura del campo de la teoría social hacia caminos diferentes, en algunas ocasiones, y críticos, en otras, con respecto al funcionalismo en tanto que teoría hegemónica del pensamiento sociológico hasta la década de los años sesenta. Las teorías que hemos expuesto constituyen el núcleo fundamental de una psicología social sociológica. A partir de dichas teorías, en conjunción con otras –como la teoría crítica de la escuela Frankfurt–, se irá desarrollando la teoría sociológica actual.

10. La teoría sociológica en la actualidad: vínculos con la psicología social

En los apartados anteriores de este primer capítulo hemos ofrecido al lector un esquema de algunos de los enfoques teóricos más relevantes de la sociología clásica y contemporánea. Pues bien, vamos a dedicar este último apartado al análisis de algunos de los desarrollos más recientes de la teoría sociológica. Más que abordar de forma exhaustiva y pormenorizada todo el desarrollo de la teoría sociológica actual, lo que pretendemos en este apartado es ofrecer un esquema que pueda servir de orientación para una posterior profundización en el estudio de la misma. De ahí que no se ofrezca, en este apartado, un análisis de todas y cada una de las aportaciones teóricas más recientes, sino más bien un análisis global de las mismas que sirva para identificar sus características más relevantes. Aunque la teoría sociológica actual es lo suficientemente amplia y diversificada como para que resulte difícil ofrecer una visión de conjunto de la

misma, podemos extraer algunos rasgos definitorios que la diferencian de la teoría sociológica anterior. Tales rasgos son los siguientes:

- Superación de la oposición macro-micro y búsqueda de la integración de diferentes niveles de análisis.
- Abandono de la pretensión de crear teorías globalizadoras.
- Alejamiento del dogmatismo teórico y mayor interés por las aportaciones procedentes de enfoques teóricos diferentes.
- Búsqueda de una síntesis teórica.

Una de las características que mejor definen la teoría sociológica actual es el abandono del dogmatismo teórico y epistemológico de etapas anteriores y la actitud de mayor apertura hacia las aportaciones procedentes de enfoques teóricos distintos del propio. A diferencia de lo que ocurría durante los años cincuenta y sesenta, ya no se pretende llegar a una gran teoría globalizadora con la que pudiéramos explicar toda la realidad social. Los ejemplos más ilustrativos de esta pretensión fueron el conductismo, en psicología, y el funcionalismo estructural, en sociología. Tras haber abandonado esta idea, cada vez son mayores los esfuerzos por lograr la integración entre diferentes teorías o entre diferentes niveles de análisis, lo cual no quiere decir que hayan desaparecido las tensiones entre los diferentes paradigmas teóricos. De hecho, la mayor parte del trabajo teórico que se desarrolla en la actualidad se sigue llevando a cabo desde la perspectiva de un paradigma determinado y conserva algunas de las características constitutivas de éste.

Aun cuando los distintos enfoques que hemos analizado en apartados anteriores siguen teniendo un desarrollo en la actualidad, casi todos han evolucionado hacia la síntesis con otras teorías. Un ejemplo de esta tendencia hacia la síntesis teórica lo tenemos en los últimos desarrollos del funcionalismo estructural, que ha ido abandonando su nivel de análisis macrosociológico para ir incorporando conceptos y formas de análisis procedentes de enfoques microsociológicos. Uno de los resultados de esta integración es el neofuncionalismo de autores como Alexander (1997). La relación entre la estructura social y el mundo de la vida, entre la acción individual y el sistema social, entre subjetividad y objetividad pretenden cerrar la oposición entre lo macro y lo micro. Integrar en una teoría colectivista

como el funcionalismo tradiciones de pensamiento provenientes de la sociología hermenéutica es el fin de este sociólogo neofuncionalista:

"Creo que la multidimensionalidad es la única posición que puede explicar el mundo social de manera total, coherente y satisfactoria [...] es también la única perspectiva desde la cual toda la variedad de las teorías sociológicas rivales se pueden interpretar con justicia sin dejar de lado ninguno de sus intereses parciales."

J.C. Alexander, *Las Teorías Sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial* (1997, pág. 299-300).

Los enfoques teóricos situados en el extremo micro también han ido evolucionando en la dirección de una mayor aceptación del papel de la estructura social. Podemos encontrar un ejemplo de esto en el interaccionismo simbólico de Stryker (1983), en el que se tiene en cuenta el papel de la estructura social en la construcción de la identidad personal. Del mismo modo, desde la teoría del intercambio se han ido dando pasos hacia una mayor consideración de la estructura social. Esta preocupación por la síntesis teórica coexiste con el interés por lograr la integración de diferentes niveles de análisis.

Uno de los rasgos más característicos de la sociología contemporánea es el rechazo de la oposición macro-micro que caracterizó la teoría sociológica durante las décadas de los cincuenta y los sesenta. Aunque siguen existiendo importantes ejemplos de trabajos teóricos que se sitúan bien en un nivel de análisis micro, bien en un nivel macro, podríamos afirmar que la teoría sociológica actual se caracteriza por la búsqueda de una integración entre los diferentes niveles de análisis.

Una clara muestra de integración es la aparición de una importante línea de trabajo teórico o metateórico, cuyo objetivo es la reflexión sobre el problema de los niveles de análisis y sobre la posibilidad de integrarlos. Ejemplos de este tipo de trabajo teórico los tenemos en el paradigma sociológico integrado de Ritzer (1996) y la sociología neofuncionalista de Alexander (1997).

También constituyen ejemplos de este mismo esfuerzo unificador los trabajos acerca de la integración acción-estructura de Giddens (1987, 2000). Su teoría de la estructuración es un ejemplo más de la integración de diversas aportaciones teóricas como la etnometodología, la fenomenología y el estructuralismo. En síntesis, considera que la estructura social no sólo restringe la acción, sino

que la hace posible, de manera que ésta no es sólo un producto de la estructura, sino que también es una consecuencia de la misma.

El análisis de la relación entre *habitus* y campo de Bourdieu (1984) es otro de los ejemplos que podrían señalarse en esta misma dirección. Se trata, en su caso, de elaborar lo que denomina constructivismo estructuralista. La idea básica es la de construir una teoría en la que se integren los procesos de interiorización de las estructuras sociales –*habitus*– y de exteriorización de las acciones de los individuos –*campo*. Nuestras formas de pensar y comportarnos tienen una génesis social, de la misma manera que las instituciones sociales se originan, mantienen o transforman en el curso de las interacciones entre los individuos y los grupos sociales.

Las aportaciones de un sociólogo como Norbert Elias (1990) también son claves en el proceso de construcción sociológica de la psicología social. Conceptos como los de interdependencia y figuración social son fundamentales para entender su enfoque. Para Elias todo comportamiento tiene que ser analizado como el resultado de las relaciones de interdependencia que las personas mantienen entre sí en una determinada figuración social.

Para finalizar, debemos incluir en las aportaciones más significativas al desarrollo de la teoría sociológica los estudios y reflexiones de la teoría crítica de la escuela de Frankfurt, una tradición de pensamiento que incluye a autores como Horkheimer, Adorno y Marcuse y que, más recientemente, tiene en Habermas (1987) y su teoría de la acción comunicativa su principal teórico. De nuevo, podemos establecer las conexiones entre algunas de las aportaciones de estos sociólogos y los vínculos con la psicología social o considerar sus reflexiones teóricas sobre la realidad social como parte de una concepción sociológica de la psicología social. Trabajos de investigación como *La Personalidad Autoritaria* de Adorno y colaboradores, publicado en 1950, se encuentran en algunos manuales de psicología social como antecedente de los estudios sobre el prejuicio, pero el resto de su obra permanece ignorada por la psicología social. Esta cita en la que Adorno define el concepto de sociedad nos ilustra en torno a la necesidad de considerar el pensamiento de la Escuela de Frankfurt como un antecedente de los intentos de integración ya señalados:

“... la sociedad no es la mera suma o aglomeración (o como lo quieran llamar) de individuos, ni es algo absolutamente autónomo situado por encima de los individuos, sino que posee en sí simultáneamente ambos momentos[...]. Tiene muy poco sentido hablar, en sentido social, de individuos, es decir, de seres humanos que puedan existir como personas con derechos propios y, ante todo, como realizadores de trabajo, salvo

en relación con la sociedad en la que viven y que los conforma hasta en lo más íntimo. Del mismo modo, tampoco existe la sociedad sin que su propio concepto esté mediado por los individuos; pues el proceso por el cual ella se mantiene es, en última instancia, el proceso de la vida, el proceso del trabajo, el proceso de producción y reproducción que se mantiene en marcha a través de los individuos socializados. Esto es, en un sentido simple y, si ustedes quieren, elemental, un ejemplo de lo que puede caracterizarse como la necesidad de una consideración dialéctica de la sociedad.”

Adorno, *Introducción a la Sociología* (1968/1996, pág. 58).

Del mismo modo, la teoría de la acción comunicativa de Habermas (1987) se encuentra entre estos esfuerzos de integración teórica entre el orden normativo y el orden práctico. La teoría habermasiana constituye un intento de analizar la sociedad desde la perspectiva de la acción, acción que puede ser técnica o comunicativa. El mundo de la vida se caracterizaría por el predominio de la acción comunicativa entre sus miembros, mientras que la economía y el Estado se caracterizarían por la acción técnica e instrumental. En última instancia, la sociedad sólo es posible como realización intersubjetiva, mediada simbólicamente por el lenguaje y la capacidad de las personas de comunicarse entre sí.

Todos los autores mencionados comparten un intento de integración teórica entre lo micro y lo macro, entre las determinaciones objetivas y las interpretaciones simbólicas, entre el voluntarismo individualista y el sistema normativo, entre la acción y la estructura, y apuntan hacia una nueva forma de entender la teoría y su papel en ciencias sociales. Más que establecer sus vínculos con la psicología social, constituyen un paso más en la constitución de una psicología social sociológica.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo hemos ido exponiendo las ideas centrales de algunos de los principales enfoques teóricos de la sociología. Nuestro objetivo ha sido facilitar la comprensión de estos enfoques a un lector que está más familiarizado con la psicología social psicológica que con aquella otra psicología social que se ha ido desarrollando dentro de la sociología.

Hemos iniciado este primer capítulo con una reflexión sobre los diferentes niveles de análisis que pueden adoptarse en ciencias sociales. Resumiendo las ideas centrales del importante debate existente en sociología en torno a los niveles de análisis, decíamos que una posible distinción entre diferentes niveles de análisis es la que da lugar a la dimensión macro-micro. A la hora de estudiar la realidad social, podemos centrarnos más en el estudio de fenómenos sociales a gran escala, como la clase social o la cultura, o en los individuos y sus interacciones. En el primer caso, estamos situando nuestro estudio de la realidad social en un nivel macro y en el segundo caso, en un nivel micro. La segunda dimensión que utilizábamos para diferenciar entre distintos niveles de análisis era la dimensión objetivo-subjetivo. Situar en un nivel objetivo implicaría centrarse en procesos que tienen una manifestación material, mientras que en el nivel subjetivo se hace referencia a procesos y a fenómenos que se manifiestan en el plano subjetivo. Estas dos dimensiones nos han servido para diferenciar entre cuatro niveles diferentes de análisis: nivel macro-objetivo, nivel macro-subjetivo, nivel micro-objetivo y nivel micro-subjetivo.

Esta diferenciación entre cuatro niveles de análisis de la realidad social nos ha servido como hilo conductor para hacer un recorrido por el desarrollo de la teoría sociológica. Nuestro objetivo principal ha sido que el lector pueda diferenciar entre distintos enfoques teóricos en función del nivel de análisis adoptado por cada uno de ellos. Incluso a riesgo de ofrecer una imagen simplificada

del desarrollo de la teoría sociológica, hemos sintetizado el contenido de este primer capítulo en el cuadro 1.

Tal y como hemos mostrado en los primeros apartados de este capítulo, la teoría sociológica clásica se caracterizó por el predominio de puntos de vista integradores a la hora de abordar el estudio de la realidad social. La utilización conjunta de diferentes niveles de análisis es un rasgo característico de los autores clásicos tratados en apartados anteriores, como Max Weber y G. Simmel.

CUADRO 1

Teoría sociológica clásica	Teoría sociológica contemporánea	Teoría sociológica actual
Integración de diferentes niveles de análisis, aunque con tendencia hacia alguno de los extremos. Ejemplos Weber Simmel Escuela de Chicago	Extremismo macro-micro. Búsqueda de una gran teoría globalizadora. Ejemplos Nivel macro-objetivo: Funcionalismo estructural Nivel macro-subjetivo: Funcionalismo estructural Nivel micro-objetivo: Teoría del intercambio Nivel micro-subjetivo: Interaccionismo simbólico Etnometodología Sociología fenomenológica	Alejamiento del extremismo macro-micro y búsqueda de una visión más integradora. Interés por la integración de diferentes niveles de análisis y por la síntesis de diferentes enfoques teóricos. Ejemplos Neofuncionalismo Teoría del intercambio Interaccionismo simbólico estructural

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la sociología entra en un periodo en el que la característica fundamental del análisis teórico es el extremismo a la hora de adoptar un determinado nivel de análisis. Uno de los ejemplos más ilustrativos lo tenemos en el funcionalismo estructural, enfoque teórico dominante en sociología durante las décadas de los cincuenta y los sesenta. Como hemos visto en el apartado correspondiente, los teóricos que trabajan desde este enfoque estudian las grandes estructuras e instituciones sociales y la influencia coercitiva que éstas ejercen sobre la conducta individual. El funcionalismo estructural se caracteriza por la adopción de un nivel de análisis macro, en el que se concede una importancia residual a la acción individual. Los funcionalistas estructurales no adoptan posiciones tan extremas cuando se si-

túan en el continuo subjetivo-objetivo. Dentro del nivel de análisis objetivo se encuadrarían los teóricos funcionalistas interesados en la estructura social, mientras que en el del nivel subjetivo se situarían aquellas teorías que se encuentran más centradas en la cultura.

Como reacción al enfoque del funcionalismo estructural surgieron, durante el mismo periodo, algunos enfoques teóricos que se situaron en el extremo opuesto del continuo macro-micro. A lo largo de este capítulo hemos analizado algunos de los más relevantes. En el cuadro 1 aparecen clasificados en dos grandes grupos, según concedan mayor o menor peso a factores de carácter objetivo o subjetivo. Dentro del nivel micro-objetivo, el enfoque más representativo es el constituido por las teorías del intercambio, cuyo objetivo es la identificación de los factores objetivos que determinan la conducta social. Elaboradas sobre los supuestos del conductismo, las teorías del intercambio conciben la conducta social como el resultado del sistema de recompensas y castigos proporcionados por otras personas. Se trata de una conducta reactiva, mecánica, en la que la conciencia juega un papel de orden menor.

Frente a las teorías del intercambio y los enfoques derivados del conductismo, se sitúan otros enfoques que, manteniéndose dentro de un nivel de análisis micro, prestan una mayor atención a los determinantes subjetivos del comportamiento social. La adopción de este tipo de enfoques supone el rechazo del concepto de conducta propio del conductismo y su sustitución por el concepto de acción. La acción no es el resultado de fuerzas objetivas situadas fuera del individuo, sino de factores internos. Se trata de teorías voluntaristas, en las que la persona no reacciona mecánicamente ante el medio, sino que actúa en él y elige entre diferentes cursos de acción. Dentro de este grupo de enfoques hallamos el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la sociología fenomenológica.

Como hemos visto en el apartado "La teoría sociológica: vínculos con la psicología social" de este capítulo, el extremismo a la hora de adoptar un determinado nivel de análisis ha ido disminuyendo en las últimas décadas. A partir de la década de los ochenta, ha ido creciendo la preocupación por conciliar diferentes niveles de análisis de la realidad social, en un intento de alcanzar un análisis más adecuado de la misma. Aunque siguen existiendo partidarios de posiciones extremas, la teoría sociológica actual, considerada en su conjunto, puede ser calificada como integradora y sintética, al menos en mayor medida de lo que pudo serlo la teoría sociológica de hace unas décadas. Los últimos desarrollos de cada

uno de los enfoques sociológicos tratados en este capítulo han ido en la dirección de buscar una mayor conciliación con posiciones que se encuentran en el extremo opuesto del continuo. Así, por ejemplo, los nuevos desarrollos del funcionalismo estructural han dado lugar al neofuncionalismo, mientras que tanto el interaccionismo simbólico, como la teoría del intercambio han dado lugar a nuevos desarrollos más interesados por el papel de la estructura social.

Como todo resumen, el cuadro anterior ofrece una visión simplificada de la realidad que se pretende sintetizar. Evidentemente, no han sido incluidos todos y cada uno de los enfoques que constituyen el cuerpo teórico de la sociología. El espacio disponible, así como los objetivos que se perseguían con este capítulo, han hecho necesaria una selección de los enfoques teóricos analizados. Esperamos, en cualquier caso, que esta selección pueda servir como punto de partida para ahondar en el estudio de los enfoques teóricos que hemos analizado aquí, así como para profundizar en el estudio de la psicología social sociológica.